

EVA P. VALENCIA

EPV - Novela Contemporânea

CHRISTMAS
SWEET
CHRISTMAS

CHRISTMAS
SWEET
CHRISTMAS

EVA P. VALENCIA

Primera edición: abril de 2020

© Eva P. Valencia, 2020

© EPV Novela contemporánea, 2020

Imagen de la cubierta: *Shutterstock*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,
mecánico, por fotocopia,
por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor.
La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Todos los derechos reservados.

DEDICATORIA

A mi familia, siempre

La Navidad no es una temporada, es un sentimiento.

EDNA FERBER

15 de diciembre de 2014

McAdenville, afueras de Charlotte de Carolina del Norte

En San Francisco era conocida como Bridget Thomas, columnista en la revista *Cosmopolitan Magazine*, miembro del equipo de *Friends of the Earth* (una organización progresista de defensores del medioambiental para lograr un mundo justo y saludable) y vegana hasta la médula desde que tenía uso de razón, o desde mucho antes de que esa filosofía de vida se convirtiera en una simple moda.

A todos los efectos, esa era mi tarjeta de presentación en la gran ciudad: desde el 1 de enero hasta el 14 de diciembre.

¿Curioso, verdad?

Deduzco que tras mi planteamiento inicial, más de uno/a habrá echando cuentas y se habrá preguntado quién era yo los diecisiete restantes días... Pues bien, para vuestro interés y cotilleo personal os revelaré que esos días en cuestión era Brid: la adorable primogénita del alcalde de McAdenville, quien regresaba a casa de su progenitor cada invierno para pasar esos días en familia a McAdenville, un precioso pueblo ubicado a las afueras de Charlotte en Carolina del Norte, cuyo principal reclamo turístico en Navidad desde 1956 era el de cambiar su habitual nombre por el de *Christmas Town USA*, además de ornamentar con más de 450.000 luces de colores a los árboles de los alrededores, a los puentes, a las viviendas, a las bibliotecas y a las escuelas del lugar.

Y si no fuera porque me causaba urticaria tanto derroche energético, debía reconocer que se trataba de un auténtico deleite para los sentidos. Era precioso, sin igual y sobre todo, mágico.

¡Pero no! Bridget Thomas, jamás aprobará semejante agravio, además siempre estará a la vanguardia y en contra de cualquier acto que suponga un perjuicio al planeta. ¡A nuestro único, fascinante e irremplazable planeta!

Es por ello que, cuando se avecinan dichas fechas, suelo buscar mil excusas para evitar regresar a McAdenville. Mentirijillas piadosas del tipo de: mentir sobre mi asistencia como dama de honor a la boda (imaginaria) de mi mejor amiga Charlotte. O mentir sobre estar en plena grabación de un reality show en una isla desierta junto a famoseo casposillo. O mentir sobre el avistamiento de Ovnis cerca de Ashburt, el barrio en el que resido. A esto último he de añadir que, para dar más autenticidad a mi historia, realicé un par de fotomontajes con la ayuda del Photoshop con imágenes extraídas de las películas de *Skyline* y *E.T. el extraterrestre*. O incluso recuerdo la ocasión en la que permanecí en bolas y como me trajo Dios al mundo, durante horas y a la intemperie, en el balcón de mi apartamento para así pillar una buena galipandria y evitar ir.

¡Oh, qué recuerdos aquéllos!

(Sonreí picarona).

Sin embargo, pese a mi perseverancia, nada de eso funcionó pues, como dice el refranero, más sabe el diablo por viejo que por diablo, Kenneth Thomas, o séase: mi padre, quien se las sabía todas de calle, jamás dio credibilidad a ninguno de mis cuentos chinos.

Y en honor a la verdad, yo tampoco me los hubiese creído.

Así que, otro año más me hallaba en el porche de su casa, a puntito de asir la aldaba de hierro fundido de la puerta, hinchando el pecho y a su vez, conteniendo la respiración antes incluso de tomar conciencia de la gravedad del asunto.

—¡Brid, cariño!

La robusta voz de mi padre me envolvió por la espalda en un santiamén, al mismo tiempo que también lo hicieron sus brazos a mi menudo cuerpo.

Aclaración para la *pleople*: mi padre era un fornido hombre de pueblo cuya indumentaria no había variado en las últimas décadas. Llevaba la típica camisa de cuadros, una bandada de *cowboy* rodeando su cuello, unos jeans desgastados y esas botas altas con la punta pronunciada.

¡Únicamente le faltaba el sombrero de vaquero y las chaparreras para parecer a John Wayne protagonizando Río Bravo!

—¡Santo Cielo, Brid! ¿Acaso no te dan de comer esos estirados snobs de la ciudad? — Gruñó— ¡Estás tan delgada que pareces una varita de nardo!

Inmediatamente, se separó de mí obligándome a dar una vuelta completa sobre mis talones y así poder escudriñarme a conciencia de arriba abajo y de abajo arriba.

—¡No empieces, papá! —le sermoneé y puse los brazos en jarras para dar más énfasis a mi desagrado.

—¿Qué no empiece, Brid? Pero, ¿tú te has visto? —apremió con machaconería.

—Claro que me he visto, tengo espejos por todo el apartamento... ¡Como todo hijo de vecino...!

Puse los ojos en blanco ante tal obviedad, supuse que no era más que una pregunta retórica.

—Pues no me lo parece... —refunfuñó y yo no pude evitar sonreír al oír como un pitido muy sutil y cómico, similar al de un globo al desinflarse o como el de una trompetilla, se le escapó de uno de sus orificios nasales— ¡Un buen chuleton entre pecho y espalda! ¡Eso es lo que necesitas, cojones!

Iugh! ¿Carne? ¿Ternera? ¿Matar animales?

Fue imaginar a un trozo de carne quedarse encajado entre diente y encía y os juro que... ¡me entraron ganas de vomitar...!

—¡Papá! ¡Déjalo ya, por favor! —me quejé para zanjar el tema lo antes posible o estaba predestinada a profanar la inmaculada nieve blanca que habitaba bajo mis pies, con la pútrida regurgitación que acechaba con salir disparada de mi garganta de un momento a otro— Sabes de sobra que no tolero bien la proteína animal; hace años que me detectaron esa intolerancia.

Frunció el ceño con desabrido.

—¡Pamplinas, hija! Sé perfectamente cómo hacer que desaparezcan esas..., ¡esas manías modernas que alguien te ha metido en la cabeza!

Me clavó repetidas veces un dedo sermoneador en la frente.

¡Uf! ¡Uf! Y ¡Ufffff! ¡Santa paciencia!

Mi padre era un ser testarudo por defecto, pero con el paso de los años se había vuelto más tozudo si cabía. ¡Era tozudo como una mula! Y lo peor de todo no era eso, ¡no qué va! Lo peor de todo era que lo hacía sin darse cuenta, de forma inconsciente. ¡Vamos! Calcadito a mi vecino del tercero cuarta quien a mi parecer sufría enajenación mental transitoria en determinadas situaciones (cuando a él le interesa serlo, claro).

—Venga, Brid. Acabemos esta conversación en casa —ancló la llave en la cerradura y abrió la puerta, luego plantó su gigante palma en mi espalda y me empujó hacia el interior— ¡Fuera hace un frío del carajo!

—¡Ni que lo digas, dos bajo cero! —prorrumpí tras echar un rápido vistazo a la pequeña

estación meteorológica que tenía instalada junto al viejo balancín de madera y que tenía más años que Matusalén.

—Además, ¡ya empiezo a notar como se me congelan hasta las pelotillas!

Al oír la última palabra no tuve más remedio que negar con la cabeza pues mi padre entre otras muchas cosas, también era un deslenguado y malhablado, pero debía reconocer que tenía su puntito de gracia. O al menos, a mí siempre me lo había parecido.

Sonreí para mis adentros.

—Brid, ¿te hace un buen tazón de leche con chocolate?

Esta vez me permití el lujo de mirarle de soslayo justo antes de cerrar la puerta tras de mí.

—¿Tienes leche de soja?

Y en el impase de tiempo en el que él depositaba las llaves en una caja reciclada de fresas a modo de *vacia-bolsillos*, me miró de hito en hito con la intención de responder a mi pregunta pero, a última instancia, prefirió hacer mutis. Y yo que se lo agradecí en el alma, pues el viaje desde San Francisco había sido muy largo y no tenía ni ganas ni espíritu para empezar una discusión con él.

A fin de cuentas yo, Brid, la hija del alcalde de la preciosa villa de McAdenville, había venido con la solemne intención de pasar unas tranquilas y desapercibidas Navidades en familia... junto a él.

Bridget Thomas
 15 de diciembre de 2014

Lo mejor de estar en fase vacacional es abrir los ojos por la mañana y darte cuenta de que no tienes que madrugar, que puedes y que además debes levantarte a las tantas sin rendir cuentas a nadie, caminar descalza sobre el suelo laminado de madera de roble para acabar sentada en el alféizar, degustando con total parsimonia un delicioso y calentito té de hibisco mientras observas a través de la ventana la calma hecha pueblo.

Para que me conozcáis un poquito más os explicaré que nací aquí, en McAdenville, lugar en el que permanecí hasta la mayoría de edad. Un año después, decidí que necesitaba ver mundo y mundo que vi al dar un cambio radical a mi vida pues me embarqué en un acto cargado de bastante ignorancia y una pizca de osadía. Perseguí un sueño: *mi sueño*, el de ayudar a mejorar el mundo (la palabra *salvar* siempre me ha resultado demasiado fatua).

¿Me preguntáis que si lo he logrado? Pues como es obvio, la respuesta es una gran negativa. Peeero, permitidme alegar algo en mi defensa y en la defensa de mis colegas activistas, que unidos hasta la fecha, hemos ganado varias batallas pese a que aún quede muchíiiiiiiiiisimo camino por recorrer.

Y lo peor de todo es que ese camino no es precisamente llano, ni siquiera tiene un *happy ending* similar a la película *Sonrisas y Lágrimas* de Robert Wise, sino que es una encaramada montaña colmada de obstáculos al más puro estilo *Wipeout*.

Alrededor de las once de la mañana salí a la calle. Afortunadamente para mi regocijo personal, la sostenibilidad había llegado en parte a McAdenville, pues tuve ocasión de alquilar un patinete eléctrico para dar una vuelta completa por el vecindario y comprar un par de bricks de leche de soja, fruta y verduras. Alimentos vitales para mi alma y que brillaban por su ausencia en la colmada despensa de mi padre.

En esas estaba cuando de pronto, al pretender doblar la esquina en Elm Street, fui embestida por algo contundente que me lanzó con violencia contra el asfalto.

En apenas tres segundos (tiempo en el que traté de incorporarme como pude, enderezarme y recomponer el abrigo), una figura humana se acercó a zancadas a mi encuentro. A primera instancia creí que se aproximaba para averiguar mi estado y en última, para ofrecerme su ayuda.

Peeero, ¡nada más lejos de la realidad!

—¿Se puede saber qué coño haces?! —Me espetó el susodicho con bastante chulería—
 ¿Suicidarte?! ¿Asesinarme?! ¿Acaso no sabes identificar una señal de prohibido girar a la derecha?

Abrí los ojos como platos.

—¿Perdona?

Aproveché mi aturdimiento momentáneo para quitarse el casco y así pude comprobar que se trataba de un tipo joven, alto, moreno y con una penetrante mirada azul que no cesaba de lanzarme dardos venenosos por doquier... ¡en lugar de socorrerme de una maldita vez!

Desde luego, la humanidad al completo necesita con perentoriedad regresar a sus orígenes más básicos, pues estaba convencida de que un *Australopithecus* era infinitamente más civilizado

que el energúmeno del siglo XXI que tenía frente de mí.

Sacudí la cabeza pues en un visto y no visto imaginé al ejemplar ya extinguido agarrando del pelo a una primate *mu'mona* (entiéndase el sarcasmo) y arrastrándola a la cueva más cercana para obligarla a tener descendencia y así preservar la manada de salvajes.

¡Unga, unga, unga...!

—¿Una señal de prohibido? —miré con rapidez en todas direcciones, moviendo la cabeza aquí y allá, aleteando las pestañas pero *nothing*— ¿Dónde?

—Ahí, rubita —carraspeó y luego señaló con retintín— Aaaa-híiii...

Me dijo la última palabra como si estuviera a cámara lenta.

«Pero, ¡si esa señal nunca ha estado ahí! Conozco el pueblo como la palma de mi mano...».

—Que sepas que has tenido mucha suerte pues acababa de salir del taller y no conducía deprisa. Iba sólo con la primera marcha...

Desvió la mirada hacia su moto, una del tipo Harley-Davidson. Yo hice lo mismo.

—¡Acababan de pintar el carenado...! —se quejó exasperado al tiempo que apretaba los labios, como si ese chatarra tuviera alma propia y se la hubiese ultrajado, como si le hubiese ofendido.

Volví a poner los ojos en blanco, esta vez casi se me quedaron encajados tras la nuca.

El tipo dio un paso hacia mí y luego otro.

—Espero que ese chisme y tú tengáis seguro.

¡Ups! ¡Tierra trágame...!

Traté de engullir un poco de saliva la cual se quedó atascada al principio de la laringe. Luego, cuando pude despegarla de las paredes, me quedé en completo silencio al tiempo que aguantaba la respiración.

Uno...

Dos...

Tres...

El tipejo me observaba con una ceja levantada.

¿Qué le pasaba? ¿Acaso nunca había visto a nadie ponerse violeta?

Bajó la ceja despacio y luego tosió en su puño a modo de disimulo.

—Primero fue el patín, luego el patín con mangos, más tarde el patín eléctrico... —terció él en tono sarcástico casi rozando lo absurdo—... ¡Ánimo, ya pronto inventaréis la moto!

El susodicho alias hombre de cromañón estalló en carcajadas y yo abrí la boca atónita ante su cerril declaración.

¡Pedazo insolente!

¿Quién se creía que era? ¿Charlie Rivel?

¡No tenía ninguna gracia!

Quería matarle... lentamente, necesitaba matarle pero con mis manitas, nada de armas blancas.

Esto... ¿he mencionado lo de matarle lentamente? Pues eso: quería ma-tar-le len-ta-men-te.

—Vamos, rubita, no te ofendas tanto... Que tan sólo ha sido una pequeña broma, para romper el hielo y eso... —arqueó la ceja de nuevo.

¡A ver si con tanto movimiento ascendente y descendente se quedaba lisiado de por vida!

Crucé los dedos.

—Bueno, como mi moto sólo ha sufrido un pequeño rasguño y veo que todos tus huesos siguen intactos, pues eso... que me piro, que el menda tiene algo de prisa —finalizó su alegato con un guiño y se llevó la mano derecha con los dedos juntos hacia la sien para emular al saludo

militar.

Y para más inri, el sujeto sonrió precedido de una suave carcajada. Luego, sin perder más tiempo del debido, se puso el casco, tensó la correa y encendió el motor de la moto. Segundos después, desapareció, no sin antes provocar un derrape con la rueda trasera con modesta seguridad.

Y la menda se quedó en medio de la calle Elm Street con el patinete eléctrico cuyo eje estaba doblado, con mis asentaderas al rojo vivo y mi ego ecologista a la altura del betún (pero: orgánico).

Of course!

Bridget Thomas

16 de diciembre de 2014

Me dolían hasta las pestañas y eso que parte eran postizas. Esas fueron las secuelas físicas que me dejó el accidental encuentro con el arrogante hombre de cromañón; las psicológicas o sentimentales, a día de hoy, aún sigo enumerándolas en mi cabeza pues, cabe decir que, a partir de ese instante, el camino que seguía mi organizada y estructurada vida, viró por completo... como la flecha de una veleta, girando sin cesar sobre su eje.

—Tómame una pastilla de ibuprofeno, cariño —señaló mi padre a la caja que acababa de depositar sobre la mesa— Te irá bien para bajar la inflamación del brazo.

«Y del pompis —pensé para mis adentros— no te olvides de él, pues mi respingón culo impactó directamente contra el maldito asfalto. Para ser más precisos: el coxis. Esa estructura ósea donde confluyen todas las terminaciones nerviosas que discurrían antaño por el rabo de nuestros antepasados mamíferos...»

En efecto, me dolía tanto el culo que no era capaz ni de sentarme y me veía obligada a caminar como un pato *mareao*.

¡Parecía que me hubiese tomado varios chupitos de *Stroh*!

—Papá, ¿puedo hacerte una pregunta? —apremié mientras sostenía la grajea entre mis dedos justo antes de ponerla sobre mi lengua y beber un sorbo de agua para facilitar la ingesta.

—Claro, Brid.

—El tipo ese, el de la Harley, el... ¡ése! —Arrugué la nariz pensativa recordando su ceja alzada— No le había visto nunca.

—¿Quién? ¿Ethan Jones?

Alzó ambas cejas, confundido.

¡Y dale con las dichasas cejas!

—Pues claro que le conoces. Él es el hijo de Gregory y de Mandy Jones.

—¿Cómo dices?

Le miré perpleja.

—¡Mujer! ¡Qué cosas me preguntas! ¡Pero si habéis jugado juntos cientos de veces desde que llevabais casi pañales!

Tragué saliva.

—Brid, es Ethan, tu amigo del alma.

Se me detuvo el corazón varios segundos.

—Pero, papá, yo no le recuerdo. Yo no...

—¿Qué no le recuerdas? —intercedió al instante.

Negué en silencio.

—Bueno, tal vez no le recuerdas porque eras demasiado pequeña cuando él se marchó a Nueva York con su madre tras el tormentoso divorcio de sus padres.

No. Por más que trazaba recuerdos en mi cabeza, no lograba recordar nada.

—Verás —se frotó la sien pensativo hasta que por fin algo le vino a la mente— Tienes una pequeña cicatriz en la oreja derecha.

Instintivamente y antes de que la señalara con su dedo, rocé mi diminuto lóbulo con la yema de los dedos y suspiré hondamente.

—Sí, esa cicatriz la tengo casi de nacimiento.

—Casi, pero no.

Hizo una pequeña pausa al estilo misterioso y después me guiñó un ojo.

—Veamos, tú tenías cinco y él seis años cuando en una tarde de verano mientras jugabais en el patio trasero a los médicos, oí tus gritos —carraspeó— dejé lo que estaba haciendo y corrí, al llegar a vuestro, lado Ethan sostenía unas tijeras de costura con la intención de perforarte el lóbulo.

Abrí ojos como platos y después los fijé en los de mi padre.

—Quiso hacerte agujeros porque no concebía que una niña tan bonita no llevase pendientes.

—Uy, uy, uy... —murmuré por lo bajini— el muy listillo ya apuntaba maneras de renacuajo.

—Por suerte llegué a tiempo y así evitar males mayores...

—¡Uf, menuda historietta para no dormir! De las chungas de Hitchcock —chasquéé la lengua al puntualizar con cierto deje irónico en las palabras— Anda que si no llegas a estar.

—Bueno, bueno, bueno. Tampoco creo que haga falta dramatizar Brid...

—¿En serio, papá? No pretenderás quitar hierro al asunto tras haber prendido la mecha de la discordia a fogonazos, ¿verdad?

—Vamos, cielo. Ethan tan sólo era un niño. Ambos erais unos niños pequeños y cortos de luces.

—Sí, sí, lo que tú digas, papá. Pero era un niño pequeño con ideas de psicópata avanzado — le respondí de pronto aireada, tratando de justificar mi anterior comentario, quizá sacado un pelín de contexto.

—Vale, vale, Brid... dejémoslo aquí.

Mi padre alzó las manos en señal de rendición pues me conocía demasiado bien y sabía lo terca que podía llegar a ser si algo se me metía entre ceja y ceja. Aunque yo a la cabezonería la solía denominar: tenacidad, constancia, perseverancia. Tal vez porque así me sentía mejor conmigo misma... Y porque así se consiguen los objetivos en esta vida. ¿A que sí?

—Dime una cosa, papá.

Tragué un poco más de saliva.

—Si éramos tan íntimos, ¿cómo es que no le recuerdo?

Él permaneció unos instantes en silencio, quizá veinte segundos y luego me sonrió con cierto deje de tristeza.

—Puede ser porque la mente a veces juega su peor papel dejando a un lado determinados recuerdos para hacer la vida más amena. A veces los recuerdos de personas, de situaciones y de algunos momentos, duelen más recordarlos... que olvidarlos.

»Ethan y tú erais inseparables, casi hermanos. Tú eras un alma libre, yendo de aquí para allá y él siempre te seguía allá donde ibas, como si fuese tu propia sombra o quizás... tu ángel protector.

Parpadeó despacio.

—Ethan Jones es un buen chico —recalcó tajante— Un buen chico y además soltero. Yo ahí lo dejo...

Arquéé las cejas.

—¡Pero papáaaaaaa!

Bridget Thomas
18 de diciembre de 2014

McAdenville había amanecido cubierto de un precioso y brillante manto blanco, idéntico a esas postales navideñas que antaño se tenía por costumbre enviar a un ser querido felicitando las fiestas o en esas maravillosas escenas que aparecen en las películas clásicas como por ejemplo en: ¡Qué bello es vivir! De Frank Capra (cinta de culto y clásico navideño por antonomasia que merece la pena revivir cada año). Eso sí, ¡sin olvidar tener en tu regazo un bol de palomitas y echar mano de un pañuelo con el que secar las lagrimillas!

—Buenos días, papá.

—Buenos días, cariño —añadió con voz ronca tras levantar la vista del periódico local y mirar a través de sus gruesas gafas.

—¿Qué lees?

Me senté a su lado y cogí una magdalena de arándanos que había en un recipiente de cristal justo en el mismo centro de la mesa de la cocina y que tenía una pintaza estupenda.

—Un artículo sobre mí, la alcaldía y las fiestas de nuestro pueblo en Navidad.

—¿En serio? —Alcé las cejas risueña y súper cotilla a más no poder— A ver, ¿me lo dejas leer?

Enseguida mi padre me cedió el diario y sin tardar un ápice comencé a leer de viva voz en plan presentadora del telenoticias.

—Kenneth Thomas, actual alcalde de McAdenville, un pueblecito textil a las orillas del río South Fork y reconocido mundialmente como: «Christmas Town USA», inaugurará la ceremonia de iluminación con una novedosa acción que ha mantenido en confidencialidad hasta el último momento. La cuenta atrás ha empezado para que la mítica plaza Mayor luzca un árbol legendario de más de cuarenta metros de altura y...

«¿Quééééé?»

Sin acabar de leer el párrafo, alcé la vista y acto seguido le pregunté horrorizada como si acabara de ver al mismísimo Donald Trump en paños menores y sin su característico tupé rubio platino, dejando al descubierto una importante calva desde la coronilla hasta el cogote.

—¿Un árbol de más de cuarenta metros? —le pregunté quejumbrosa con la boca aún muy abierta y la lengua seca de tanto hiperventilar.

—Ajá —sonrió tan orgulloso y victorioso que tan sólo le faltó alzar el mentón para que los demás le condecorasen por su ruin hazaña de «asesino de árboles indefensos».

—Y... ¿y cómo piensas traerlo del bos-bosque a la Plaza Mayor? —tartamudeé en la palabra bosque pues el corazón me iba a mil. Miento, ¡me iba a cinco mil...!

—¿En serio he de explicarte cómo se hace eso, Brid?

Por supuesto que era conocedora de cómo se procedían en esos casos, pues un árbol de esa envergadura precisaba ser talado, es decir: derribado a base de hachazos y ayudado de sierras mecánicas.

Pero, necesitaba oírlo decir de boca de mi padre, porque era incapaz de entenderlo... ¡En mi cabeza no cabía tal salvajada en plena civilización, en un mundo tan desarrollado y con tanta

visión de futuro!

—Simple: se tala el árbol y se traslada a la plaza Mayor del pueblo.

—¡Dios! —rugí de sopetón en forma de protesta revolucionaria. Estaba jugando con fuego y al final se iba a quemar— ¡Basta! ¡Bastaaaaa! Ya he tenido suficiente.

—Pero Brid... —musitó él.

Pero yo, enferma de nervios y sin alimentar más a la conversación, dejé el diario de mala gana sobre la mesa, me incorporé casi tirando la silla contra el suelo, me puse el abrigo con una mano y la bufanda con la otra y salí a la calle escopeteada, como una bala, como si me fuera la vida en ello y preguntándome una y otra vez por qué narices tuve que volver a McAdenville por Navidad...

¡En esta dichosa Navidad!



Ethan Jones

—Vamos, Samuel, repítelo de nuevo.

—¿En serio, Ethan? —hizo un mohín y le escuché carraspear por lo bajini— Te aseguro que aún sigo en shock.

—Repítelo de nuevo. —Exigí esta vez más serio.

Samuel Hardy, el ingeniero jefe de mi empresa y amigo íntimo desde que fui a vivir a Nueva York cuando mis padres se divorciaron, no tuvo más remedio que acatar mis órdenes ipso facto. Más le valía pues de todos era sabido que en el campo personal era un tipo agradable y bastante dócil pero en el laboral, en ese momento, en el que alguien se atrevía a interceder en mis negocios, entonces me convertía en el ser más repulsivo e hijo puta que había parido la madre Tierra o para ser más gráfico: a lo doctor Jekyll y mister Hyde pero ni mucho menos en la mítica versión de los años veinte sino en un macarra de lo peorcito del barrio de Harlem.

—Al parecer esta misma mañana una joven activista se ha encadenado al árbol centenario, ése que teníamos que talar y la muy cabezota dice que no piensa moverse de allí.

—¡Joder, putos naturalistas! —Me quejé con mal humor— Son como el perro del hortelano: ni comen ni dejan comer en paz.

—Son como una plaga...

—No lo has podido definir mejor, Samuel. ¡Una jodida plaga!

Sin perder más el tiempo, saqué el móvil del bolsillo trasero del pantalón y me puse en contacto con mi abogado para ponerle en antecedentes y conocer qué alternativas me ofrecía sobre el altercado.

Mientras maldecía entre dientes, salí de la oficina casco en mano y me puse en marcha rumbo al bosque de la discordia. Muy pronto la entrometida esa iba a saber quién era Ethan Jones y qué pasaba cuando alguien le tocaba las narices.

Maldije una y otra vez.

¡Se va a armar la de Dios es Cristo...!



Bridget Thomas

—¡No! ¡No! ¡No me talarán! ¡No me asesinarán! —gritaba en forma de cantinela reivindicativa a pleno pulmón, encadenada al tronco de diez metros de diámetro y desde hacía ya varias horas.

Ese era mi lema y nada ni nadie iba a moverme de allí a menos que indultaran al pobre arbolito.

Sobre las cuatro y media de la tarde apareció en escena alguien que jamás hubiese presagiado ni en mis peores pesadillas a lo *Freddy Krueger*. El gallito insolente y desgredado de la *Harley Davidson* se quitó el casco y en pocas zancadas se plantó frente de mí y el personaje a punto estuvo de despeinarme el flequillo debido a la velocidad con la que se me acercó.

¡Os juro por *Malizia II*^[1] que estaba flipando en colores pues aún me dolía el pompis por su culpa!

—¿En serio, rubita? No puede estar pasándome esto a mí —se rio con retintín— ¿Tú? ¿Tú eres la causante de todos mis quebraderos de cabeza?

Miré a mí alrededor haciendo un exhaustivo escaneo general al bosque y después al corralillo de curiosos que se habían agolpado a mi vera, quienes a mi parecer, disfrutaban de lo lindo con las desgracias ajenas.

Me señalé con el dedo y me hice la tonta.

—¿Es a mí? —Pregunté sin ser demasiado creativa dado que Ethan aún no sabía quién era yo realmente— ¿Hablas conmigo?

—Te miro a ti, ¿no?

Puso los ojos en blanco en plan: nena, ¿me estás vacilando?

—Venga, ya puedes ir desprendiéndote de las malditas cadenas... —refunfuñó súper mandón.

—O ¿qué? —le solté de sopetón mirándole directamente a los ojos, vacilante, con aquel gesto tan estereotipado de afro americanas de la serie *El Príncipe de Bell-Air*.

¡Ja! ¿Amenazas conmigo? Aún no ha nacido quién.

Pronto, al darse cuenta de que estaba tratando con un hueso duro de roer, negó con la cabeza con denuedo y luego se pasó la mano por su mata de pelo negro como el tizón.

Instantes después y sin pedir permiso, se acercó más de la cuenta a mi cara. Muchísimo..., tanto que si hubiese ocurrido en otra ocasión y en otro lugar, hubiese apostado con que estaba a punto de devorar mi boca.

—Te has pasado tres pueblos, rubita —chasqueó la lengua contra el paladar— y además, te la estás jugando.

Bufé por la nariz como un toro bravo.

—Vaya, por lo visto esta es la segunda amenaza que recibo en menos de treinta segundos.

Ethan asintió vehemente.

—Sí, es una amenaza. Y sí, veo que también sabes sumar.

Capullo.

Cogí aire para no soltarle una grosería además de rebajarme a su mismo nivel.

—Estás inmiscuyéndote en mis negocios.

Nos miramos largo e intensamente.

—Y tú en el derecho fundamental a la vida.

—¿La de un tronco? Vamos, no me jodas —se jactó en un tono «vete a casa a hacer macramé y no me toques más los cojones».

¡Se acabó!

Nunca lo había tenido más claro.

Una menda no pensaba recular un ápice ni echarse atrás, pues la causa bien lo merecía. Desde luego el árbol tenía todo el derecho del mundo a seguir con vida y no servir de reclamo turístico, o como mono de feria ataviado de luces hasta la misma copa en la Plaza Mayor de McAdenville.

¡Ni hablar del peluquín!

Yo, Bridget Thomas, activista medioambiental hasta la médula, únicamente me movería motivada u obligada por las fuerzas de seguridad y orden público. O séase, por la pasma y porque no me quedaba otra.

—Te sugiero que dejes de alimentar a esta pantomima barata y te vayas a casa y de paso cargues el patinete eléctrico al enchufe del cuarto de baño.

¿Al enchufe del cuarto de baño?

Al parecer Ethan tenía una vena cómica oculta sin aprovechar, (entiéndase la ironía)

—¿Que me vaya a casa?

—Eso es.

Contuve la respiración, me mordí la lengua y conté hasta diez, pero juro que en esta ocasión me fue imposible no responderle.

—¡Buff! La última vez que un tío me dio órdenes fue mi padre cuando tenía cinco años —alcé una ceja suspicaz— y, ¿sabes qué? Que curiosamente a él, a quien le debía respeto, tampoco le hice caso.

Cogí aire y luego proseguí.

—Y en vez de obedecer lo que hice fue... ¡esto!

Alcé mi mano, la cerré en un puño y después le mostré el dedo corazón en un acto muy infantil, pero a su vez sumamente efectivo pues os juro que su cara, esa perfecta cara de macho alfa era un poema y no precisamente de la autoría de Lorca sino del *Cantar del Mío Cid*.

Entonces fue cuando Ethan se echó a reír a carcajadas y yo dejé disimuladamente de bajar el dedo medio.

Poco a poco... rezando porque nadie hubiese aprovechado nuestro despiste para inmortalizar el *momento zapping* a golpe de cámara.

Ambos nos quedamos callados y él aprovechó mi momentáneo déficit energético para atravesarme con su mirada gris.

Joder, nadie hasta la fecha me había mirado de esa forma.

Fue tan... ¿cómo lo describiría? ¿Penetrante? Pues eso, su mirada atravesó la mía como un cuchillo a la mantequilla.

¡Guau! Nunca, nadie, ni siquiera Eduard Jefferson, mi profesor de universidad, ese adonis griego por el que bebí los vientos durante los cuatro años de carrera.

—Tú y yo sabemos que tienes las de perder y, que además, más pronto que tarde, cortarán las cadenas que te mantienen unida al arbusto.

Entonces fue cuando me sostuvo del codo y se acercó a mi oído para susurrarme despacio

casi a modo de nana:

—Brid, vamos. Deja ya de hacer el ridículo y vete a casa.

Abrí los ojos como platos.

¡Stop! ¡Un momento!

¡Sooooo caballo! ¡Paren el carro!

¿Qué había sido eso?

¿Una alucinación mariana?

¿Una psicofonía fantasmal?

¿Una entrega del programa Cuarto Milenio de Iker Jiménez?

¿Cómo era posible de que Ethan conociera mi nombre? Y lo peor de todo: ¿lo supo todo este tiempo?

Quise soltar un «no» contundente pero algo me lo impidió. La culpa fue de su proximidad, de su tono conciliador, del cosquilleo de su aliento en mi lóbulo. Sí, ése, el que estáis pensando en este momento. ¡El mismo que a punto estuvo de diseccionar con unas tijeras de costura!

Y antes de perder la cabeza por completo, me solté de su amarre de un tirón seco. Así, todo digna y después le planté la palma de mi mano en su torso. Que no se diga... por aquello de guardar las distancias.

—¿Me recuerdas? —le pregunté con un hilo de voz.

Al principio no respondió, pero al poco me confesó a pecho descubierto y sin anestesia lo siguiente:

—Brid, eres difícil de olvidar.

Juro que se me saltó un latido.

—Éramos sólo unos críos —tercié entrecortadamente.

Ethan se mesó el pelo despacio.

—Créeme —sonrió— Te aseguro que hay personas que te marcan para siempre.

No supe que decir a eso, pues él me había dejado sin palabras y sin aliento. En ese momento no quise saber si le marqué para bien o para mal, por temor a la respuesta.

—Te propongo algo, rubita —dejó a un lado el tono conciliador en sus palabras y volvió a dar rienda suelta al sarcasmo inicial— Desátate, vete a casa y te prometo hablar con tu padre para llegar a un acuerdo.

Lo medité sólo un segundo, pero al instante después llegué a la conclusión de que Ethan Jones mentía, pues no iba a cumplir una mierda de lo que había prometido. Juraría que lo pude ver en sus ojos, lo noté en su mirada, me estaba vacilando. Es más, sólo estaba tratando de ganar tiempo ya que su propósito desde el principio no había cambiado: iba a talar el árbol sí o sí, lloviese, nevase o nos cayera encima una nave alienígena.

Ethan era un empresario y obviamente como un buen empresario que se preciase, se debía a sus negocios.

—¡Ni de coña! No pienso moverme de aquí —sentencié ronca.

—Como prefieras, Bridget —me dijo enfurruñado y luego dio media vuelta— Te aseguro que el calabozo no es precisamente un lugar para alguien como tú. Aunque puede que te sienta bien. Apuesto a que servirá para bajarte esos humos tan subidos que tienes y además también para quitarte esas tonterías ecologistas de la cabeza.

—¡No apuestes por ello!

¡Abrase visto!

Os juro que me quedé con ganas de enchufarle un buen corte de mangas, pero tuve que contentarme con ver como su silueta se desdibujaba a medida que se adentraba en la profundidad

del bosque.

Lamentablemente, la alegría es un bien escaso y ésta me duró una *mijita*, lo mismo que dura el hielo en el desierto o el dinero a fin de mes...

Segundos después, mi ego fue vitoreado por la gente que se agolpaba a mí alrededor justo en el momento en el que dos agentes uniformados irrumpieron en el lugar con diabólicas intenciones: cortar las cadenas con unas cizallas, leerme mis derechos y colocarme las esposas rumbo a la comisaria de McAdenville.

Bridget Thomas
19 de diciembre de 2014

Os doy mi palabra de que pasar la noche en un cutre calabozo de pueblo, sin suscripción a Netflix ni móvil para aliviar las penas con una amiga, no era moco de pavo, aunque dejadme que os diga de que valió la pena pues mi fin justificó con creces todos los medios.

—Pero, ¿te has vuelto loca?

Enseguida la cara de mi progenitor dibujó una mueca de disgusto.

—Buenos días, papá.

Me sujetó del codo con firmeza.

¿En serio?

Abrí los ojos como platos y miré el vértice de mi brazo al tiempo que me cuestioné qué debía de tener esa parte en concreto para que todo hijo de vecino se tomara la santa libertad de adueñarse de él sin mi jodido permiso.

Con ese gesto y la expresión de su rictus, hizo que menguara hasta hacerme sentir como si aún tuviera cinco años.

—¿Te importaría devolverme *mi* brazo?

Desoyendo mis palabras, no me liberó hasta salir de las dependencias policiales. Pero no satisfecho con ello, hizo mutis hasta que, dos manzanas después, se detuvo en seco y sin motivo aparente empezó a echarme la bulla:

—¡Me cago en mi vida! ¡Qué vergüenza me has hecho pasar! —me increpó tras un largo suspiro, hondo y profundo— La hija del alcalde en contra de las fiestas del pueblo. ¡Habrased visto!

—De eso nada. No te confundas. No estoy en contra de mi pueblo natal, estoy en contra de que se produzca el asesinato de un ser vivo y que nadie haga nada por impedirlo. —Puntalicé— Ponte en su piel, bueno... en su corteza. Imagina que eres inocente y que por error estás encarcelado en el corredor de la muerte a la espera de que te frían en la silla eléctrica. ¿Jodido, verdad? Y que además ha llegado tu hora pero nadie pide tu indulto.

—¡Manda cojones!

Me miró con los ojos estáticos como si me hubiese vuelto loca de remate.

—Nadie pide su indulto, salvo yo.

—Déjate de sensacionalismo barato. Esto es la vida real, Brid, no Dinastía. Todos los días muere gente y todos los días se talan árboles.

—Eso no es sinónimo de ser lo correcto.

Bufó porque sabía que yo era un caso perdido. Yo no iba a conseguir hacerle cambiar de opinión, pero también asumía que él no iba a cambiar la mía.

—Y para colmo, tu amigo ya no quiere encargarse de la tala del árbol de la discordia.

Abrí los ojos de par en par.

—¿Hablas en serio?

¿Era eso cierto?

Guau...

Reconozco que por dentro una generosa parte de mi ser sonrió abiertamente pues ante todo pronóstico, Ethan Jones alias el motero buenorro, había cumplido con su palabra y dejándome ganar la primera batalla.

¡Olé, olé y olé!

Inmediatamente después vi como mi padre se derrumbaba por momentos y a mí se me partió el alma en dos.

—Nunca me habías dicho que eras activista —susurró en todo derrotista total.

—Nunca me lo habías preguntado —respondí encogiéndome de hombros y sin apenas pensar — Lo que quiero decir es que jamás te habías interesado por las cosas que me inquietaban. Quizá se deba a que todos estos años has dado por sentado cosas que no tienen nada que ver conmigo. — Me excusé sin querer excusarme—. Sí, soy activista y sí, me siento muy orgullosa de pertenecer a ese colectivo.

—A esa secta —sentenció muy seguro de sí mismo.

—Papá, estás muy equivocado.

Sonrió con condescendencia.

—Imponéis vuestras creencias sobre los demás. Dime, ¿cómo coño se denomina a eso? — Preguntó enfurruñado y altamente dolido— Hay muchas clases de sectas: políticas, religiosas, sociales...

—¿En serio piensas eso de nosotros?

Me mantuvo la mirada muy seria y luego se frotó la cara con las manos, como si todo eso no fuera con él o una pesadilla de la que despertar.

—Yo lo único que sé es que desde hace años y hasta hace unas horas era considerado un buen alcalde. Pero, con tus actos sin sentido y altamente delictivos... ¡todo se ha ido al carajo!

Tragó saliva con fuerza como si la saliva le raspaba las paredes de la garganta.

—Pero si... hasta ronda por los alrededores... ¡un meme con tu cara!

¿Había dicho un meme?

Tuve que pulsar la pausa en mi cerebro y después rebobinar los recuerdos para avalar aquello que estaba oyendo.

—Te juro que lo que ha provocado tu inconsciente ego, no lo hubiese imaginado nunca, Bridget. Y cuando digo nunca, es jamás de los jamases, ni siquiera en mis peores pesadillas — confesó, vomitando toda la angustia que tenía contenida en el alma y luego miró a otra parte, como si su hija fuese una extraña.

Es más, hacía años que no se refería a mí por mi nombre de pila, pues la última vez que recuerde fue hace muchos años, cuando pegué fuego a la cocina tras colocar un pastel de plastilina en el horno a 180°C.

—Me voy a casa. He de pensar en la forma de arreglar todo esto.

¡Buff! Le vi marchar y me sentí desfallecer...

Obvio, eso suele ocurrir cuando te empecinas en colocar en una parte de la balanza todo lo que te manda la cabeza y en el otro, todo lo que te dicta el corazón.

¿Consecuencias?

Controversia.

Caos.

Desequilibrio.

C'est la vi...



Ethan Jones

—¿Por qué has hecho eso? El dinero extra por la tala de ese puñetero árbol, nos hubiese ido de perlas para cerrar el año con beneficios y no con las pérdidas que arrastramos de ejercicios anteriores.

Patrick, el jefe financiero de mi empresa y amigo íntimo desde hacía varios años, seguía sin entender los verdaderos motivos de mi decisión. Ni siquiera trató de esconder su gran decepción y lo cierto era que, ni yo mismo lograba dar crédito a lo sucedido ¡Yo siempre había antepuesto los negocios a todo lo demás!

Hasta ese día.

—Déjalo estar Patrick —le pedí—, vete a casa y descansa. Es tarde y mañana será otro día.

—Las cuentas, Ethan. ¡Las cuentas están al rojo vivo! —Me miró con cara de lunático— Hace tiempo que vengo alertándote de lo mismo. Si la empresa sigue teniendo pérdidas, tendrás que tomar una determinación y actuar en consecuencia. O buscando otras vías de liquidez o cerrando la persiana.

Era consciente, por supuesto que lo era y por descontado que conocía a la perfección la gravedad de la situación; de la empresa familiar, la que había heredado y por la que había luchado mi padre toda su vida y que estaba a punto de declararse insolvente.

Tras el repentino fallecimiento de mi padre, asumí el control de la empresa sin apenas cuestionármelo. Aun así, decidí que haría todo cuanto estuviese en mi mano para levantar su imperio, pero... ¡maldita sea! Corren tiempos difíciles para todos y la conciencia social a favor del cuidado del planeta cada vez está más en contra de la tala de árboles y derivados. Y... que conste que no es un excusa barata, sino la jodida realidad.

Sin ir más lejos, para ejemplo un botón: Bridget Thomas.

—Vamos, vete a casa. Da un beso a tu mujer y achucha a ese bebé regordete que el tiempo pasa muy rápido y cuando menos te lo esperes... se enamorará de una niña más pequeña a la que querrá impresionar agujereando su lóbulo ayudado de unas afiladas tijeras de costura para que sea más bonita si cabe...

Patrick me miró confundido, de hecho me estaba mirando rarísimo. Luego pestañeó y sonrió.

—¿Unas tijeras afiladas de costura?

—Para que llevara pendientes... Por aquel entonces su padre no era partidario de que los llevara —justo en ese preciso momento me di cuenta de que estaba hablando más de la cuenta— No preguntes más.

—Bueno, vale, pero creo que esta historietita merece ser contada de cabo a rabo y con todo lujo de detalles. Vamos, entre cerveza y cervecita —insistió— Vaya, vaya, vaya... ¿Ethan el soltero de oro enamorado? Flipo en colores.

Patrick contuvo la risa y yo, tras darle varias palmaditas en la espalda, le acompañé a la puerta de mi despacho.

—Fuera...

Le empujé hacia el pasillo.

—¿Para cuándo esas birras?

Puse los ojos en blanco.

—¡Lárgate ya!

—¿Mañana?

—Lárgate o te juro que le contaré a tu mujer la verdad sobre tu tatuaje —le amenacé.

—¡No te atreverás!

Nos miramos.

—Entonces es que no me conoces bien —le di un último empujón antes de que cruzase el umbral de la puerta.

Me eché a reír a carcajadas.

—Me voy.

—Haces bien —alcé la mano para despedirme— Dale recuerdos a tu mujer —le dije para acojonarle y de paso echarme más risas.

Patrick era un buen tipo salvo porque en ocasiones pecaba de ingenuo. Entre nosotros, yo jamás revelaría a su mujer la verdadera historia del tatuaje pues ello supondría un merecido divorcio.

Veréis, os informaré someramente: hace unos años, no demasiados, él se tatuó en la nuca las siglas T. S. junto a un símbolo de infinito en un momento, digamos, delicado de la relación conyugal; momento en el que decidieron darse un tiempo para reflexionar sobre su futuro. Justo en ese período, Patrick conoció a una tal Tania Smith. Por aquel entonces ella frecuentaba un centro de tatuajes y *piercings*, y como el colega es un puto sentimental y es de personalidad fácilmente influenciable, aceptó la tentadora ofrenda de la chica sin titubeos.

Pero cuando acabó con la fugaz relación, la cual duró menos que un Candy, regresó con Tamara Sullivan: su actual mujer.

Ya podéis imaginar el resto de la historieta, ¿verdad?

Pues no os perdáis el final:

Cuando Tamara descubrió el nuevo hallazgo, Patrick quien temió por su integridad física, dio rienda suelta a la imaginación y aprovechando la exactitud de las iniciales entre nombres, alegó sin escrúpulos haberse tatuado por amor las siglas de Tamara Sullivan obviando que realmente eran las de Tania Smith.

Falseó la verdad y además le fue de perlas. Así contentos todos. Y si os estáis preguntando si estuve de su parte, la respuesta es un rotundo sí. Pues para mi gusto, lo hizo por amor. O para que Tamara no le cortara el miembro a lo Lorena Bobbitt...

(Sonreí).

Eso nunca lo sabré.

Ni pretendía.

—¿Se puede?

Alguien a hurtadillas entró en el despacho. Era ella. ¿Qué demonios estaba haciendo allí?

—Claro, adelante.

Le invité a pasar (a mi humilde morada) con un caballeroso gesto con la mano, no sin antes mirarla contrariado.

Bridget se quedó en el centro de la estancia sin dejar de observar a su alrededor, dejando constancia de ser la primera vez que pisaba ese suelo de linóleo.

—Tú dirás.

Me apoyé en la mesa, doblé los brazos y le miré fijamente.

Ya no quedaba nada de esa niña. Bridget Thomas se había convertido en toda una mujer, de los pies a la cabeza; una hermosa mujer, si me permitís el inciso. Aunque recordara esa melena dorada algo ondulada, esos grandes y expresivos ojos verdes e incluso los graciosos hoyuelos que

se le formaban en las ocasiones que sonreía.

—He venido a darte las gracias.

Le aguanté la mirada.

Sinceramente jamás hubiese imaginado que ese sería el motivo de su inesperada visita. Nada más lejos de la realidad pues pensaba que iba a tirarme la caballería encima por provocar su noche en el calabozo, entre otras cosillas...

—No hace falta que me las des.

—Yo creo que sí pues... —sonrió con los labios apretados—... tu gesto contribuyó a poner fin a la sentencia de muerte de ese árbol. Ahora vivirá y yo... me gustaría compensarte. De alguna forma... o en la medida de mis posibilidades.

Nos quedamos en silencio unos instantes en los que aproveché para acabar de recoger los documentos que yacían esparcidos por el escritorio.

—¿Compensarme? —le pregunté sin mirarle a la cara. Como si ese hecho me importase un bledo. Cosa que por otro lado no era cierto pues todo lo concerniente a ella siempre me importó, que conste.

—Ajá —respondió escuetamente.

Levanté la mirada y busqué la suya en la distancia.

—Voy justa de solvencia, pero... podría compensarte de otra forma...

—¿En especie? —improvisé de sopetón y al hacerlo se me escapó la risa. ¡Es que había venido tanto al pelo!

¡Santo Cielo!

Ni por asomo podríais llegar a imaginar la cara de ella en ese preciso momento: estupor, asombro, vergüenza...

—¿Perdona? —masculló entre dientes y cruzó los brazos bajo el pecho sin poder evitar repasarme con la mirada instantes antes de que el rubor ascendiera raudo a sus mejillas, ¿es posible que al imaginarnos juntos en un momento más íntimo...?

—Era coña. Sin más —aclaré para que la cosa no fuera a mayores, ni que pensara que era un perverso o algo peor.

Me froté la cara y me di cuenta que la de ella se relajó poco a poco.

—Ahora en serio. No hay forma de compensar eso, no hay manera de compensar el desequilibrio económico que causará en mi empresa. Pero, créeme, no creo eso que eso sea asunto tuyo.

Parpadeó callada.

Sé que fui un rancio, pero directo. Y no le menté pues mi empresa estaba atravesando un momento muy crítico y su acto heroico provocó una nueva zancadilla.

—Vamos a hacer una cosa... —pensé sobre la marcha al oír rugir las tripas, tenía el estómago vacío—, ¿me acompañas a cenar y pensamos en la manera de compensarme?

—No sé... no creo que sea buena idea —dudó, sin dejar de mirarme inexpresiva.

¿Miedo?

¿De qué tenía miedo? Vamos, no pensaba comerme a nadie, sólo el solomillo poco hecho que iba a devorar a la primera de cambio.

—Joder, no te estoy pidiendo matrimonio, sólo cenar en compañía —sonreí forzado para quitar hierro al asunto, aunque en el fondo reconociera que me había molestado su respuesta— Además, si acabaras casándote conmigo, tú pasarías a llamarte Bridget Jones como la peli, ¿lo habías pensado? Súper cómico, ¿no crees?

Sonreí y esperé a su reacción, la cual no se hizo esperar pues ella frunció el ceño y después

me miró en plan: no tiene puta gracia.

En fin.

Hasta el momento, el darle a la conversación una pincelada cómica siempre había resultado favorable, salvo con ella pues su vena divertida parecía estar oxidada o en desuso.

Respiré hondo.

—Entonces, ¿me acompañas y hablamos de negocios?

Insistí en dos ocasiones, no pensaba hacerlo una tercera.

Todo hay que decirlo, pues al principio se hizo un poco la remolona, pero al final aceptó con matices.

—Siempre y cuando la cuenta la pague yo —contestó decidida y sin titubeos.

—Ninguna objeción.

La miré con total tranquilidad pues sin darse cuenta había logrado mi cometido: llevarle a mi terreno.

Strike!



Bridget Thomas

Aquella noche fue extraña, en términos coloquiales.

Cenar con Ethan Jones fue distinto, inusual y divertido, y pese a mi desconfianza inicial, me di cuenta de que era alguien con quien se podía hablar de casi cualquier tema...

He dicho casi.

—¿Eso es lo que vas a cenar, unas verduritas salteadas?

Se quitó la chaqueta y se arremangó la camisa dejando entrever el comienzo de un tatuaje en realismo de una cabeza de león y mis ojos rodaron hacia esa parte de su anatomía sin remisión.

Debía hacer justicia y reconocer que hasta la fecha no me había percatado de que el susodicho, mi gran amigo del alma, tenía muy buena planta. Para mi deleite personal e imagino que para otras tantas, Ethan ya no medía metro veinte sino cerca del metro noventa y aquel rostro aniñado había desaparecido dejando paso a uno más interesante, sumamente atractivo, quien lucía una barba media dándole un toque de hombría y madurez que no estaba acostumbrada. Además, el timbre de su voz ronca no ayudaba nada...

—Sí, por si no te lo había comentado antes... soy vegana.

Me encogí de hombros.

—O sea que no te va la carne.

—Bueno, no es eso exactamente —le empecé a explicar dando por sentado que él sería como la mayor parte de la humanidad: desconocedor de este estilo de vida— Me abstengo de comer carne, leche, miel y derivados. Tampoco uso lana, cuero ni pieles... Básicamente, rechazo todo lo que pueda provocar daño al mundo animal.

—¡Joder! —se le escapó del alma— Pues yo soy todo lo opuesto: carnívoro hasta decir basta. Y eso es algo que va con mi persona, impregnado en mi ADN.

Me reí y ella se quedó en silencio un instante.

—Verás, creo que va a ser complicado verme comer ternera casi cruda.

Su rictus cambió drásticamente.

—Comiendo el cadáver de un animal —me atreví a decir y fui consciente de que tal vez había sido un grave error cenar con Ethan.

—¡Eh... eh, eeeeh! Oye, perdona, que yo sepa hasta el momento no he matado a nadie —alzó las palmas en señal de rendición— No montes un drama, por favor.

Le fulminé con la mirada y al segundo después me incorporé de la silla.

—¿Adónde te crees que vas? —se le escapó una risa seca, no dando crédito a lo que estaba sucediendo ante sus ojos— ¿Me dejas solo?

—Tienes razón, no ha sido una buena idea.

—¿De qué estás hablando?

Negué con la cabeza y me hice con el bolso.

—Perdona, la culpa es mía. Debí haberte informado de que no soporto ver comer cadáveres.

Se puso en pie también y contuvo el aliento tentado de decir algo más, pero intercedí.

—No eres tú, soy yo. En serio. No te sientas mal...

—Brid, no lo hagas.

Desoí sus palabras y deposité un billete de cien pavos sobre la mesa.

—Con esto espero pagar mi deuda.

Juro que no lo hice por despecho, sino para zanjar el maldito asunto de la tala del árbol el cual ya empezaba a apestar a chamusquina.

—Gracias por la velada, Ethan.

Extrañamente, el corazón me iba a cien. Realmente me supo mal y no logré saber el por qué. Quizás se debiera a la estrecha amistad que mantuvimos cuando éramos sólo unos críos o tal vez porque creí ver en el gris de su mirada un haz que me decía que realmente le dolía que me marchara.

Llamadme loca chiflada pero, incluso creí notar que verdaderamente quería estar conmigo, a pesar de no ser capaz de averiguar en ese momento en calidad de qué: si de amigo o tal vez de algo más.

Ethan Jones
21 de diciembre de 2014

Al principio creí que estaba de coña, que no hablaba en serio, que el hecho de ser vegana no era motivo suficiente de nuestro forzoso alejamiento. Fue curioso pero, ahora que nuestros caminos habían vuelto a coincidir, me moría de ganas por saber más acerca de ella, de hacerle mil preguntas, de averiguar en qué momento de su vida se olvidó de mí, de nosotros.

Sonreí con tristeza pues desde nuestro primer encuentro tras tantos años, me sentí extrañamente confuso.

Odiaba sentirme así y en consecuencia, debía actuar.

Me subí a la moto, me puse el casco y encendí el motor. Mi casa de la suya estaba a sólo cinco minutos, tiempo suficiente para pensar en cómo iniciar el nuevo acercamiento. O simplemente, dejar que la conversación fluyera a sus anchas, sin forzar las cosas y de forma natural, como cuando éramos unos críos, como cuando no nos importaba una mierda el día de después, el segundo después.

Una manzana más y habré llegado a la misma casa que albergaba tantos y tantos recuerdos: en la caseta del árbol, en el desván, en el cuarto de los juegos, en el sofá esquinero viendo una peli mientras devorábamos palomitas de maíz y hacíamos gárgaras con las burbujas de la Coca-Cola... Extraño, pero esos eran justo los mismos recuerdos que ella parecía haber olvidado y guardado bajo llave en su memoria.

Doblé la esquina y allí estaba Bridget, sentada en el tercer escalón de la escalera que ascendía al porche de la casa.

No tardé en aparcar la Harley-Davidson a pie de calle, quitarme el casco y despeinarme con una mano, luego me acerqué a ella. El sol que me daba en la cara no pudo evitar ver la suya de forma de corazón.

Respiré hondo y sonreí al mismo tiempo.

Curioso. Últimamente lo hacía mucho y en ese orden. Y claro, la culpa de todo eso sólo podía tener un nombre: Bridget Thomas.

—No tenías que haber venido —musitó antes de permitirme siquiera pronunciar un vocablo.

Suspiró y yo lo hice también tras frotarme la frente.

Cabezota y preciosa.

Mala combinación...

—Vamos, acompáñame —ignoré sus palabras y le tendí la mano.

—¿Qué te acompaño? —Pestañeó— ¿Adónde y por qué?

Bridget frunció el ceño tras apartarse el pelo a un lado.

—Ya lo verás, es una sorpresa.

—Detesto las sorpresas, me ponen muy nerviosa.

Sonreí esta vez travieso.

—Bueno, de eso se trata. Las sorpresas se utilizan para remover sensaciones sobre un

acontecimiento imprevisible.

—Sigue sin hacerme ni pizca de gracia.

—Oye, ¿cuándo dejaste de ser una niña?

A pesar de no ser la primera intención, reconozco que esa pregunta sonó un tanto hostil.

—¿Perdona? —apremió con un hilo de voz tras alzar el mentón y mirarme perpleja, casi furibunda.

—Venga, Brid, acompáñame.

Moví la mano para que se aferrara a ella y tras unos largos segundos de indecisión, la aceptó. Aceptó mi propuesta. Atrapó mi mano con la suya y se levantó del tercer escalón quedando justo frente de mí.

—Lo haré sólo y exclusivamente por los viejos tiempos —asintió solemne.

—Como comprenderás me importa un bledo el motivo por el que aceptes. Lo único que me importa en este momento es que me acompañes y al parecer, lo he conseguido.

Echamos a andar y aproveché para mirarla de soslayo, a la espera de un nuevo asalto reivindicativo aunque fuese por el simple hecho de poner los puntos sobre las íes, pero no fue así. Paradójicamente, se mantuvo en silencio hasta que supo que debía subirse a mi moto e ir de paquete.

—¡Ni de coña voy a montarme en *eso*!

Señaló con cierto desaire, algo fría y con una sonrisa fingida.

—*Eso* como tú lo llamas, es mi [\[2\]](#)*Demone nero*... Mi fiel colega desde hace una década y a pesar de sus años, nunca me ha dejado tirado, jamás hemos tenido un accidente —carraspeé— bueno, sin tener en cuenta el encontronazo del otro día, el del motor y la electricidad.

—Contaminación contra futuro.

—¡Uf, rubita! Será mejor que dejemos a un lado el debate verde para otro momento en que esté de mejor humor...

Bufó y yo rebufé. A cabezota no me ganaba nadie.

Estaba claro que ya no éramos tan iguales como de críos, pero eso me gustaba; incluso me excitaba. Era como la salsa de la vida: ella dulce y yo picante. Ella dice rojo y yo digo azul.

Jamás me habían gustado las personas grises, insípidas, sosas, sin carisma, sin personalidad, sin alma. Y os puedo asegurar de que Bridget Thomas era cualquier cosa, menos aburrida. Yo la definiría más bien como un potro desbocado que no sabe dónde va o..., tal vez sí.

En cualquier caso y bajo mi atenta mirada, al final tras tanta queja, se puso el casco y se subió a *Demone nero*, sin más; como si esa no fuera la primera vez que lo hacía.

Así pues, giré la llave e hice rugir el motor, ese sonido inconfundible y difícil de lograr en otras motocicletas, pues según los entendidos se debe al exhausto y al cigüeñal que tiene un solo codo, en donde se unen los pistones...

¡Perdón, que empezaba a irme por los Cerros de Úbeda...! Hablaría horas, hablaría largo y tendido de mi moto sin siquiera coger aire pues *Demone nero* no era un simple transporte, era mi una forma de vida. Mi vida.

Bridget Thomas
 21 de diciembre de 2014

Nunca antes había subido en una moto, hasta ese momento. Por principios, pero con Ethan todo parecía volver a la infancia, a ser de nuevo unos críos con ganas de conocer, de empaparte de cosas nuevas, de descubrir lugares que no sabías que existían, de soñar con los ojos abiertos, de sentir y de experimentar con los cinco sentidos.

Ethan Jones me provocaba esas reacciones y muchas más, entre ellas la controversia. Todo a su lado era distinto, inquietantemente distinto, excitantemente opuesto a lo que conocía.

Conclusión: el hombre de cromañón provocaba en mí alteraciones que, o una de dos, o que jamás hubiera percibido o que las tuviera tan olvidadas que ni siquiera era consciente de tenerlas.

¡Cojonudo! Allí me hallaba yo, Bridget Thomas, de pasajera en una Harley-Davidson alias *Demone nero*, rodeando el cuerpo del tío más macizo e insolente que había parido madre Tierra, hacia un lugar desconocido y sin un motivo aparente.

Yo que siempre había pecado y presumido de ser un ser auto disciplinado, metódico y aburrido. Alguien que no lee un libro, ve una peli o empieza una serie sin antes haber leído por lo menos cincuenta *reviews* favorables...

Salvo porque en ocasiones la vida brinda la posibilidad de recordar quien eres, o quien fuiste y dejar a un lado ciertas etiquetas sin ser un crimen y volver a la infancia, a aquel espacio en el tiempo en el que todos somos nosotros mismos: naturales, únicos, perfectamente imperfectos; pues algo así me pasaba con él.

Es complicado mantener una conversación cuando vas a lomos de una motocicleta a gran velocidad, pero no hacía falta, me bastaba con estar pegada a su espalda cuando se acercaban curvas. ¿Temor a caerme? lo desconozco, pero me sentía mejor así, más aliviada, por si las moscas...

Al llegar al destino me di cuenta de que jamás había estado allí, ni siquiera siendo nativa del lugar, sabía de su existencia.

—Baja con cuidado —me aconsejó tras apagar el motor— el suelo está un pelín resbaladizo.

Ethan esperó a que estuviera sana y salva y con ambos pies en tierra firme para bajarse de la moto.

Aproveché para observar con más detenimiento a mí alrededor. Se trataba de una diminuta aldea ubicada en la cima de la montaña, con cinco casas de piedra con techumbre vegetal, una especie de caserón casi en ruinas al igual que sus aledaños y al fondo un lago helado, en cuyo centro se hallaba un pequeño islote sobre el que descansaba una pequeña iglesia.

Bellísimo e indescriptible a partes iguales, pero también desolador. No se oía un ápice, sólo un tímido remolino de aire que se cruzó en mi camino al dar un par de pasos al frente.

—Cuánta tristeza... —murmuré.

—¿En serio lo crees?

Miré a Ethan y fruncí el ceño.

—No siempre la primera impresión es la que cuenta —alzó una ceja— En ocasiones hay que detenerse y mirar más allá, pues las cosas a veces no son lo que parecen o lo que a priori quieren que parezca.

Cogió algo que había en el interior de la alforja de piel derecha y después se unió a mi lado.

—Es un orfanato.

—Desconocía de su existencia.

—Lo cierto es que es un lugar bastante olvidado y dejado de la mano de Dios. Pero aquí siguen, a pesar de los recortes gubernamentales. ¡Se puede decir que sobreviven!

¡Vaya! Me removié las entrañas descubrir que el bienestar de esos críos pudiera decidirse tan frívolamente. Era ofensivo, cruel pero sobre todo, ofensivo.

—Vamos dentro, aquí hace mucho frío.

Juntó las palmas y luego dejó un hueco para exhalar aire caliente en su interior; más tarde las frotó con ímpetu.

Asentí y le seguí.

Él parecía saber muy bien hacia donde se dirigía. Además, no me quedaba otra, porque si permanecía por más tiempo a la intemperie, perecería por hipotermia.

Un gran portón fue la antesala para adentrarnos en su interior, cuyos gruesos muros de piedra estaba convencida de que albergaban muchas historias tras el paso del tiempo.

Miré alrededor. Las ventanas y contraventanas de madera pedían a gritos una restauración y si me apuráis, una sustitución drástica, al igual que las cerchas, los cabios, los rastreles..., más que nada porque el frío se calaba sin remisión a causa del mal sellado de los vidrios.

Cuando quise darme cuenta, Ethan había desaparecido o ya no estaba en mi campo de visión. Me paré en seco, sin saber muy bien qué dirección debía seguir.

Justo en ese momento, una niña pequeña chocó contra mis piernas.

—¿Quién eres?

—¿Yo? —miré a mi alrededor antes de responder por si no se estaba refiriendo a mí persona. Al poco, me acuclillé para darle una respuesta mirándole a los ojos— Soy Bridget, Brid.

—Yo soy Casey.

Me sonrió con la mirada; una muy dulce y brillante. Especialmente dulce.

—¿Has venido para ser mi mamá?

Esa frase me atravesó el alma. Simple y llanamente. No supe qué responder a eso. Me quedé callada. Muda.

Afortunadamente Ethan llegó en el momento justo para socorrerme y salvarme de las fauces de la realidad, de la vida.

—A ver, ¿qué pasa aquí Casey?

—¿Brid será mi nueva mami?

Ethan abrió mucho los ojos ante el desparpajo de la pequeña pero en seguida supo qué responder.

—¿Te gustan las coles de Bruselas, la leche de soja y la fruta? —puntualizó solemne y yo pillé al vuelo por dónde iban los tiros.

—Ehm... No, no y no.

—Pues ella sólo come eso. Es vegana —rumió y sonó como si el ser vegana fuera sinónimo de la nueva peste del siglo XXI y yo arqueé una ceja molesta.

—¿No come nada más?

—Nada más.

Casey abrió tanto la boca que podría albergar un autobús escolar. Ella era una niña súper

expresiva y muy avispada para la edad que intuía tenía, la cual averigüé más tarde: cinco años.

—¿Ni pizza, ni hamburguesas, ni helado, ni patatas fritas con bacon? —preguntó alarmada.

—No, no y no.

Ethan negó con la cabeza y luego señaló una puerta cuyo letrero escrito a mano en un trozo de folio indicaba: aula.

—Venga, Casey. Ahora, déjate de cháchara y ve a clase, no vayas a quedarte atrás de tus compañeros.

—Pero, ¿has traído eso? —le preguntó pizpireta.

—Sabes que sí. Anda, corre y espera en clase como todos —le miró en silencio y luego le dio un ligero y casi imperceptible toque en el culete para que hiciera caso.

Hay personas a las que sólo les hace falta un guiño, un gesto, una mirada para saber lo que quieren y Ethan era una de esas personas: tan transparente que su mirada lo decía todo.

Casey antes de echar a correr hacia el aula, arrugó la nariz y le sonrió a modo de respuesta. Y yo no dije nada hasta verla desaparecer tras la puerta, pero una vez dentro, una especie de pánico que ni siquiera sabía que formaba parte de mis sentimientos, salió abruptamente de mi ser.

Quizás no debería estar allí.

—A ver, Ethan... No quisiera meterme donde no me llaman. No sé si soy bienvenida en este lugar y no sé si...

Sonrió y me cogió de los hombros para tranquilizarme.

—Brid, eres bienvenida, no lo dudes, por favor. Ni por asomo puedes llegar a imaginar el *súper momentazo* que le has dado a Casey —sonrió divertido— Ahora mismo tendrá algo que contarle a los demás, una novedad, algo distinto. Como comprenderás, no les suelen ocurrir muchas cosas por estos lares. Todo aquí es rutina, sin más. Rutina a la espera de que alguien los elija y se los lleve a su casa, a un nuevo hogar. —Dilucidó.

Lancé una mirada de soslayo al aula y sonreí comedida.

—Quizá tengas razón.

—Siempre la tengo, ve haciéndote a la idea —sonrió y sus perfilados labios se ensancharon raudos, justo en el momento en el que un rayo de luz entró por los enormes ventanales.

Lo siguiente que ocurrió fue como un cuento de Navidad hecho realidad: Ethan, el orfanato, los niños y unos lápices de colores hicieron el resto.

En ocasiones, aunque sea dándote de bruces con la realidad, te das cuenta de que con muy poquito, haces feliz a los demás. Su altruista gesto provocó decenas de sonrisas, varios abrazos y muchas palabras de agradecimiento.

Nos quedamos un par de horas más, tiempo suficiente para que Ethan me enseñara el hospicio, sus necesidades y cómo vivían. Las habitaciones, el comedor, el patio trasero...

Ya en el exterior, cuando estábamos a puntito de colocarnos el casco y poner rumbo a McAdenville, tuve la imperiosa necesidad de decirle algo, algo que me rondaba por la cabeza desde hacía un rato.

—Jamás hubiese imaginado que a alguien como tú le importara tanto esos críos.

—¿Alguien como yo? ¡Joder, Brid! —escupió una risa.

—No me malinterpretes, Ethan. Tú... y tu apariencia de tío malote... La moto, la forma de tratar al resto.

—Tú lo has dicho: al resto. No a ellos.

Tragué saliva y luego seguí hablando.

—Nunca imaginé que unos simples lápices de colores pudieran dar tanto... juego.

—Unos lápices de madera —remarcó—, no lo olvides. De madera de los árboles que talo.

Me quedé en parte abochornada ante tal obviedad.

—Eso forma parte de su educación, de la necesidad de poder expresarse, de transmitir, de integrarse, de normalizar la situación. De creer y ser como los demás niños, a pesar de no tener las mismas posibilidades.

Se creó un frío silencio entre nosotros, más incluso que el gélido aire de las montañas que nos envolvían.

Fue igual que un hachazo en medio de la frente a lo Jack Nicholson en *El Resplandor*.

—Siento haberte prejuizado —le dije medio avergonzada y medio angustiada.

Los ojos de Ethan fueron hacia mis labios.

—No te sientas mal, es lo que todos hacemos, ¿no? Todo el mundo juzga. Es un hecho inevitable.

—Apuesto a que tú no —me salió de dentro, de lo más profundo de mi ser.

Me miró fijamente y yo hice lo mismo, justo en el preciso instante en que una fina lluvia de copos de nieve empezaba a caer. Miles de copos, cada uno diferente del resto; como dicen: jamás hay dos iguales... Cristales de hielo, dendritas estelares, láminas estrelladas...

Ethan alargó la mano hacia mi cara y la yema de sus dedos acarició levemente mi mejilla, dibujando un sendero hacia mi cuello. Luego la otra mano hizo lo mismo hasta unirse con su hermana en mi nuca y antes de que pudiera reaccionar, los labios de él se colocaron a escasos centímetros de mi boca. Deteniéndose justo ahí, esperando quizás mi aprobación.

Noté su respiración acompasada y su cálido aliento cosquillear la fina piel de mis labios. Pude sentir el fuego que se había prendido entre nosotros, lo noté casi desde el principio, desde nuestro primer encuentro y cada vez que él estaba cerca de mí.

Calor.

Deseo.

Quizás necesidad...

—Voy a besarte.

Y así lo hizo, dulce y pausadamente, sin prisas pero con muchas ganas. Despacio. Saboreando mi boca, lamiendo mi lengua, mordisqueando mi labio inferior. Mentiría si no dijese que jamás en mi puta vida me habían besado así, con tanta dedicación, con tanta devoción...

Juro que perdí la noción del tiempo y que me dejé arrastrar por el momento. ¡Sus labios eran tan cálidos y sensuales que los míos se sintieron huérfanos al separarse!

Necesitaba más, deseaba más...

En cuestión de segundos la cellista empezó a convertirse en una nevada en toda regla.

Ethan dejó de besarme y miró al cielo. Yo le imité.

—Debemos irnos.

Luego nos miramos.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué has hecho eso?

Nos mantuvimos la mirada unos segundos. Demasiados.

—Porque me apetecía y porque he deseado hacerlo desde el primer instante en que te vi después de tantos años.

Y lo cierto era que a mí también me apetecía y mucho, sin embargo me torturaba el pensar en que fuéramos tan dispares en cuestión de personalidad y convicciones que... eso podría suponer un problema a corto plazo. Como también era cierto que, al menos por mi parte, Ethan no sólo me apetecía sexualmente, sino de una forma más profunda quizás por la nostalgia de los viejos tiempos, o tal vez por aquello de lo que pudo y al final no fue.

O... porque, simplemente, éramos: Ethan y Bridget.

Bridget Thomas
 22 de diciembre de 2014

Tic, tac, tic, tac! El tiempo corría en mi contra. Tan sólo quedaban tres días para la Navidad y el pueblo de McAdenville seguía sin árbol en la plaza mayor, ni previsión de reemplazo por otra cosa ni nada por el estilo.

Tenía y debía pensar en algo, una alternativa factible y del agrado del vecindario... un parche de emergencia, o una especie de ungüento si me apuráis. Algo, lo que fuese para alimentar los ánimos de mi padre, quien a medida que pasaban los días fue debilitándose hasta límites desconocidos; unos límites que hasta la fecha, jamás había visto en él y eso me entristecía el alma dándome a entender que quizás mi osadía había ido demasiado lejos.

Verle así me partía el alma en dos, además de someterme a una nueva elección para mí. Debía escoger entre mi progenitor o mi lema de vida. O séase: dejarme arrastrar por los lazos de sangre o por mi lucha en contra del cambio climático y su extenso abanico de ramificaciones.

¡Difícil disyuntiva pues no podía escoger a ambas...!

Para mi sorpresa os diré que Ethan a la primera de cambio se ofreció para darme su apoyo y de paso, buscar una solución práctica, rápida y efectiva dada las circunstancias.

—No te preocupes, Brid. Como habrás comprobado soy un tipo tocado por la mano de Dios y dotado de una mente brillante, además de ser tremendamente sexy —sonrió con picardía y me guiñó un ojo cargado con doble sentido.

—Además de no tener abuela...

Me sumé a la broma y le devolví la sonrisa acompañada de un alzamiento de cejas.

—Dejando a un lado las evidencias de mi *sex appeal*, he pensado en algo —me lanzó una mirada de soslayo antes de proseguir— a ver qué te parece...

Cogió su teléfono móvil, abrió la galería y deslizó el dedo por la pantalla para buscar entre las fotografías.

—¿Y bien? —Le pregunté inquieta al cabo de unos treinta segundos— ¡Me estás matando de desesperación!

—Por lo que veo la paciencia tampoco no es una de tus virtudes, rubita.

—En absoluto, Ethan. Es sólo que los he visto de más rápidos...

Levantó la vista al instante para mirarme con descaro y decirme:

—Apuesto a que no me pedirás eso cuando te haga el amor por primera vez.

«¿En serio ha dicho eso?»

Abrí la boca de par en par, tragué saliva muy despacio y luego me mordí el labio fantaseando en mi mente; imaginando nuestros cuerpos desnudos en posición horizontal, piel con piel, sudados, ardientes y la temperatura de mi cuerpo se elevó varios grados.

Ethan que era un vivo, aprovechó mi atolondramiento momentáneo para sellarme los labios con un sensual beso, uno corto pero con mucha carga sexual. Supongo que me entendéis... uno de esos besos que te dejan KO, sin sentido y más *pallá* que *pacá*.

—¡Menos lobos caperucita...!

Fue la única frase que pude articular para disimular que él, el capullo Neanderthal, con su

sola presencia me ponía muy pero que *mu'perraca*.

Ethan sonrió, porque sabía lo seductor que podía llegar a ser sin apenas proponérselo y lo cierto es que lo hacía de maravilla.

Enseguida dejó de observarme en silencio para seguir en sus trece: en busca de la foto perdida...

—¡Aquí, ya te tengo!

—A ver...

Quise quitarle el móvil de entre las manos pero hizo un ágil amago.

—Tranquila, fierá... todo a su debido tiempo —dijo guasón y se guardó el móvil en el bolsillo trasero del pantalón— Voy a preparar café, ¿quieres?

Señaló a una cafetera expreso que yacía sobre una especie de mueble bar y después la encendió.

—¿Lo quieres solo?

Asentí vehemente y en silencio y en menos de treinta segundos ya tenía la taza entre mis manos. Le di un sorbo rápido y él aprovechó para darme otro beso en la boca como eso si fuera lo más normal del mundo o como si a partir de ese momento ese fuese nuestro *modus vivendi*.

—Mmm... sabes a café, ¡qué rico! De ahora en adelante probaré la comida en tus labios para saber el punto de sal.

—Ethan...

Suspiré con intensidad y negué con la cabeza en señal de desaprobación.

Él lo pilló al vuelo.

—Cierto, Brid, cierto. Tú no comes cadáveres... —se quejó y realizó un vago gesto con la mano— En realidad eso es algo que ya se hablará en su momento.

—¿En serio?

Abrí los ojos como platos.

—Por supuesto, cariño —tosió en su puño— Considero que las bases de una relación deben asentarse desde un principio.

Entonces, ni corta ni perezosa, le arrebaté la taza de café de las manos y sorbí sólo un poco.

—Jura que no has puesto alucinógenos a tu café.

—¿Por...? —se rio queriendo saber.

—¿Cariño, relación, robarme besos a tutiplén?

—Ja, ja, ja... Ya te irás acostumbrando, yo soy así. Lo que me apetece lo hago, cuándo y dónde quiero...

Bufé. No podía creer lo que estaba oyendo. *Australopithecus* de nuevo en plena acción: ¡unga, unga!

—¿Te has parado a pensar por un momento en que la sociedad ha cambiado y que además las mujeres no son propiedad de nadie? —apreté los labios y noté perfectamente como la vena de la sien empezó a palpar con fuerza.

Ethan me miró fijamente y yo esperé la respuesta: su respuesta.

—¿Acaso ha sonado hostil?

—Sí. Tu comentario ha sonado muy hostil y súper machista.

Arqueó las cejas como si eso no fuera con él, como si me estuviese dirigiendo a otra persona.

—Siento haberte molestado. En ocasiones soy tosco en mis palabras y las relaciones entre personas me vienen grandes. Las relaciones de pareja —matizó— será por ese motivo que sigo soltero.

Sonrió con cierta melancolía y yo tragué saliva con dificultad.

Ethan era un buen chico, de eso no me cabía duda, pero... en mi vida no necesitaba a un príncipe azul ni desteñido.

Podría aclarar una cosa: que él y yo estábamos de acuerdo en algo, que yo tampoco estaba muy dada a las relaciones de pareja. Por ende nunca había sido mi fuerte y posiblemente jamás lo sería pues desde siempre me había considerado un ser independiente por naturaleza y me costaba horrores compartir parte de mí y de mi vida con un extraño, pues la persona que esté a mi lado necesita dedicación, tiempo, respeto y equilibrio... y muy a mi pesar, en mí era complicado demostrar.

—Brid, olvida lo que te he dicho —sus ojos brillaron un segundo— siento ser un completo idiota.

—No lo eres —respondí de inmediato— es sólo que somos demasiado distintos: tú eres visceral y cálido y yo... calculadora y fría como un témpano. Dos polos completamente opuestos y no sólo me refiero a las preferencias alimentarias, sino en nuestro interior.

—Dos polos opuestos que se atraen.

Me miró tan intensamente que me obligó a apartar la vista de su mirada gris.

—Se atraen físicamente —remarqué— eso no lo discuto. Hay atracción física y mucha.

—Es un buen comienzo...

—¿Para qué?

—Para conocernos. Simplemente... dejarnos llevar. Sin más. Dejar que nazca, lo que sea que deba ser —sentenció serio.

Debía reconocer que de verborrea conciliadora iba sobrado, otro cantar bien distinto era que consiguiera aniquilar la maldita coraza de hormigón que recubría mi corazoncito. Y, ojo, porque mi excusa no era la tópica de que soy así porque el amor me ha tratado mal, ni mucho menos. Era porque el amor, ese ente extraño, ni siquiera había conseguido arañar mi contención emocional.

¡Ala, lo confieso! Bridget Thomas jamás se había enamorado. Sí ilusionado, encaprichado y hasta enchochado. Pero, tristemente, jamás había querido a alguien de verdad.



Ethan Jones

Brid, Brid, Brid... y su cabezonería elevada a la máxima potencia.

¿Acaso la vida como la conocemos no es más fácil si uno se deja llevar y lo que tenga que venir vendrá?

Al menos yo era de ese pensamiento y aunque pecara de simplón, yo era así. Soy así, en tres palabras: na-tu-ral y como la vida misma. Alguien que no pones peros antes de empezar algo nuevo. Alguien que deja que las cosas sigan su curso como el cauce de un río, sin anteponer barreras imaginarias o diques al corazón.

Y aunque el amor nunca haya estado de mi parte y jugado en otra liga distinta, me negaba a

darle la espalda sin dejar que sucediera.

Y sí, os responderé a la pregunta que tenéis en mente. Sí, me había enamorado de ella, como un quinceañero con las testosteronas por las nubes de igual forma que si me hubiese metido un chute de hormonas a manos llenas.

En esta vida si dudas, pierdes el tren y si sigues dudando, te quedas solo en el andén.

Bridget Thomas
 23 de diciembre de 2014

Una idea brillante.

Tuve que reconocer que la idea de Ethan para solventar la falta del árbol talado fue maravillosa, un tanto descabellada dada la falta de organización y de recursos pero, a fin de cuentas, brillante.

—¿Crees que dará tiempo?

—Nos sobraré —aseveró con cierta soberbia fingida y me guiñó el ojo. Ya ni siquiera se atrevió a darme un pico pese a que su felina mirada y su respiración acompasada lo estaban pidiendo a gritos— Este pueblo es la caña y no me cabe la menor duda de que estará a la altura de las circunstancias. Te diría que tuvieses Fe pero como soy agnóstico te diré tan sólo de que tengas ilusión.

Me sorprendió su positivismo pese a estar a menos de cuarenta y ocho horas de la Navidad. Ethan y su arrolladora personalidad volvían a dejarme noqueada. A ver si va a resultar que al final la gente tenía razón al afirmar de que te enamoras de quien no te conviene y a fuego lento, a medida que te permites conocerle...

Lamentablemente por aquel entonces mi coraza era tan compacta y pétrea que ni con un forjado de herramientas para la talla de piedra era capaz de arañar la capa más superflua de mi piel.

Pero, como el dicho aquel de: ¿quién te ha visto y quién te ve? En ocasiones, simplemente basta con que ese ser especial se cruce en tu camino y desmonte todo aquello que hasta el momento... creías (como el mejor de los fieles a su dogma) a pies juntillas.

—¿Y la estructura?

—Antes de heredar la empresa de mi padre trabajé como ingeniero industrial, por lo que espero conseguir diseñar una de esas en pocas horas...

¡Guauuuuu!

O séase que el hombre de cromañón estaba empecinado en sorprenderme a medida que se depilaba con la maquinilla Gillette la espesa manta de pelo que recubría su corazóncito.

¡Sigue Ethan, sigue así! ¡Vas por buen camino!

—Recapitulemos —empezó a decir animado— Tú...

—Yo, me dedico a pregonar por el vecindario tu propósito.

—Exacto. Nuestro propósito —remarcó— Y yo realizo unas llamadas para buscar ayuda y levantar la estructura en menos que canta un gallo.

—Genial.

Me incorporé de la silla de su despacho no sin antes darle un par de palmaditas *amistosas* en la espalda, en plan colegueo y me marché.

Mi pretexto encubierto: conseguir que la Navidad del 2014 en McAdenville fuese recordada con el paso de los años y mi excusa real: evitar enamorarme a toda costa de Ethan Thomas, porque el muy capullo lo estaba consiguiendo casi sin sacrificio.



Ethan Jones

¡Ufff! Ella era capaz de ponerme de cero a cien en cero coma y no estaba hablando precisamente de mi moto, sino de Bridget.

¡Parecía un puto quinceañero en pleno apogeo hormonal! Bastante patético por mi parte, pero era la jodida realidad.

A mis años aún no había conocido a nadie como ella y eso que por mi cama habían pasado un número bastante indecente de mujeres, salvo porque a estas alturas de la película, debo confesar que ninguna de ellas jamás había logrado despertar mi yo más interior.

No sé si me explico: ese lugar recóndito de ti mismo que te obliga a ser mejor, complacer en todo momento al prójimo y desear permanecer más tiempo al lado de esa persona por la que bebes los vientos. A pesar de haberme auto-catalogado un tipo duro y si me apuráis, de tener el corazón aún más duro, de ser inaccesible, impenetrable, indescifrable y todos los «in» que os podáis imaginar. Así era yo: a lo *Iron Man* pero no en modo Robert Downey JR, sino en plan *ca-pu-llo integral*.

En fin, ella se levantó de la silla y me dio un par de insípidas palmaditas en la espalda. En plan: ¡Ala! ¡A currar que luego nos echaremos unas birras para contarnos las batallitas!

Abrí los ojos como platos.

No es que me considerara un Adonis moderno ni un follador nato, pero ¡joder! Brid era incluso más fría que yo.

Sin darme cuenta me había topado con mi calcomanía pero en rubia, de curvas inacabables y dueña de un trasero híper respingón que te quitaba todas las penas a golpe de sexys movimientos de glúteos... superiores e inferiores.

A lo que iba... tenía que poner el crono en marcha para acabar a tiempo y satisfacer en segundo lugar a los aldeanos y en primer, a mi rubita.

Bridget Thomas
25 de diciembre de 2014

A eso en mi ciudad se le llamaba trabajo en equipo.

¡Oh, sí señor!

La colaboración del pueblo fue decisiva para lograr el objetivo final. Por supuestísimo sin desmerecer a la genial idea de Ethan y el alma que puso para que nuestro *árbol especial de Navidad McAdenville '2014* estuviese a tiempo.

Dio gusto ver como todo el mundo se volcó, desde los más menudos a los ancianos centenarios y ante la magia de aquel momento. El nuevo árbol de Navidad pronto se convirtió en una oda a la voluntad de la *people* y a las ganas de crear unidos un símbolo.

Hay quienes a ese sentimiento lo denominaron: espíritu de la Navidad; otros sin embargo: simple motivación grupal.

¿Y qué decir de Ethan? Pues... que él estuvo a la altura de las circunstancias y no precisamente porque sus ojos se despegaran del suelo a casi metro noventa pues junto a la ayuda de su círculo de conocidos, consiguieron alzar una plataforma forjada lo suficientemente resistente y elevada como para albergar miles de botellas de vidrio (recicladas) de nuestro pueblo y de los alrededores.

Imagino que en estos momentos podéis haceros a la idea de dónde se hallaba mi ego ecologista/activista/vegano. ¡En efecto! Estaba por las nubes y aunque esté feo decirlo, estaba súper/hiper/mega extasiada, pues esa puesta en marcha fue ¡un logro en toda regla!

Para entrar en antecedentes, nuestro querido árbol de cristal de Navidad, se formó de miles de botellas que bajo la luz de varios focos de colores, reflejaban unos bellos destellos en fachadas, paredes y los rostros de quienes, a su paso, lo admiraban.

Y para haceros eco de lo que ocurrió, deciros que la repercusión del árbol (embotellado), no se limitó en la emocionante reacción en cadena de los aldeanos, sino también al componente neurovegetativo^[3] de las emociones de mi progenitor, pues su rostro lo reflejaba todo y su mirada... ¡Dios! ¡Esa mirada brilló más que el arcoíris de colores que tenía ante sí!

Os confieso que, años más tarde, aún persiste en mi retina de igual forma que en una instantánea de Polaroid en un papel fotográfico, el haz de su mirada: esa mezcla de orgullo, de júbilo y de una calma semejante a la Paz que siente el alma en el instante en que se libera la pesada carga del miedo. O, dígase de otra forma: la serenidad del alma.

Y, para finalizar, para acabar la puntada, debo reconocerlo aunque me cueste, que todo eso fue gracias a la genial iniciativa de Ethan Jones, pues sin duda, ese momento, fue uno de los mejores momentos que vivió el alcalde de McAdenville en toda su existencia.

Y... sin la dichosa necesidad de sacrificar a un ser vivo. Permitidme el inciso ;)

Epílogo

Ethan Jones

24 de diciembre de 2019

Otra Navidad en soledad. Si cumplía la profecía, ya iban cinco desde la mítica del 2014, aquélla en la que mi vida viró completamente. Eso sí, lo hizo sin más, ni para bien ni para mal. Simplemente, mi vida mutó.

Intuyo que en vuestras cabecitas curiosas os estaréis planteando mil preguntas del estilo de: ¿qué pasó entre Brid y yo? ¿Nos seguimos viendo? ¿Continuamos en contacto?

Pues... si me permitís un epítome: todas vuestras inquietudes serán respondidas en tres simples vocablos: Nada, no, *stand by*.

¿Qué pasó? Pues que todo se fue al traste tras aquel emblemático veinticinco de diciembre del 2014.

¿La causa? Un cúmulo de infortunios que consiguió separarnos para siempre: la inminente quiebra de mi empresa de tala de árboles, el repentino fallecimiento de mi madre unido a mi forzoso traslado a Nueva York, el grave accidente que sufrí con mi *Demone Nero* por el que me vi obligado a sufrir un largo periodo de recuperación por fractura de fémur (el cual tuvieron que unir con la ayuda de tornillos, placas y clavos).

En fin,

(Suspiro).

«El último escalón de la mala suerte es el primero de la buena», o al menos me gustaba pensar así.

Pero, de un tiempo a esta parte, mi vida retomó su camino, el de ser plana sin sobresaltos emocionales, ni fuertes latidos del corazón, ni pellizcos en el alma. Y eso que, desde el instante en que Brid y yo perdimos todo contacto, por mi vida pasaron de puntillas varias chicas: altas, bajitas, rubias, morenas pero ninguna como ella. Ninguna como Bridget Thomas.

No, por favor, os lo ruego, no sintáis pena por mí, ni penséis que voy como alma en pena por los lares, pues no suelo hundirme en la mierda con facilidad, sino más bien saco tajada a lo malo.

Tras el fatídico incidente con la moto pude recuperar mi antiguo trabajo como ingeniero en una importante empresa fabricante de oboes y de cornos ingleses, situada en Peekskill, al sur del estado, a orillas del río Hudson. Además, recuperé contactos y un apartamento muy similar al que tenía por aquel entonces.

Salvo por un pequeño detalle, que hoy era Nochebuena y vísperas de Navidad, y como cada año me refugiaba entre las cuatro paredes de mi despacho.

(Inspiro hondo).

Estas fechas para un lobo solitario como yo, no significan nada, carecen de valor sentimental ni familiar. Así que me refugiaba en el trabajo y distraía mi mente; evadía mi mente.

—Ethan, me marchó a casa.

Mark, mi ayudante técnico en horas laborales y mi amigo fuera de la oficina, se apoyó en el quicio de la puerta y me miró desde lo lejos, abstrayéndome por un momento de mis agoreros pensamientos.

—Vale, tío. Yo me quedo un poco más, he de acabar de perfilar un proyecto.

Él ni corto ni perezoso, negó la cabeza pues lo que dije le sonó a excusa barata y razón no le faltaba. Él me conocía muy bien, como si me hubiese parido y sabía que, cuando acechaban estas dichosas fechas, el edificio se convertía en mi segundo hogar. Comía, dormía y me aseaba allí mismo y no volvía a pisar el asfalto hasta nueva orden. Es decir: hasta que no quedaban vestigios de celebración de la Navidad por ningún rincón de la Gran Manzana.

—No quisiera pecar de plasta pero..., ya sabes que en casa te guardamos un sitio en la mesa, junto a la abuela Loretta, por si cambias de parecer.

—Lo sé —sonreí sin separar los labios, apretándolos entre sí— Gracias, Mark, lo tendré en cuenta.

Él, yo, incluso tú sabes a estas alturas del cuento de que mis palabras fueron una burda mentira. No iba a presentarme en su casa, no iba a sentarme en su mesa, ni siquiera iba a celebrar en familia una puta mierda.

—Me voy —cómicamente iba cerrando la puerta poco a poco— me... voooooy... ¿he dicho que me voy?

—Veeeete —esta vez logró arrancarme una sonrisa mostrando los dientes— Estaré bien, Mark. De verdad, te doy mi palabra.

—Tú te lo pierdes.

—No me cabe la menor duda —alcé la palma de la mano para darle a entender de que esa escena ya empezaba a incomodarme— Márchate.

—Que no se diga que no te lo dije...

—Puedes irte en Paz —realicé el signo de la cruz en clave de mofa para zanjar de una vez la dichosa conversación. Tenía ganas de quedarme a solas, a solas conmigo mismo y una birra fresquita que esperaba descansando junto a la fotocopidora.

—Vale, me voy.

Asentí en silencio y vi como su silueta se perdía pasillo abajo.

Inspiré hondo y solté el aire despacio. Henché el pecho en dos ocasiones más, hasta comprobar que realmente estaba solo en la planta y probablemente en el edificio, salvo por el guarda de seguridad.

Estaba acostumbrado, hacía años que había creado precedente y ya era casi mi modus operandi.

Noche buena igual a reclusión.

Navidad igual a...

—Se me olvidaba.

Mark entró de nuevo en el despacho, dándome un susto de muerte. *¡Hijodelagrandsimaputa!*

—Te dejo el correo.

—Dudo mucho que *nada* sea tan urgente.

Arrugué la nariz ante la aplastante evidencia pues todo podía esperar, seguro. Él siguiendo en sus trece, ni corto ni perezoso, depositó varias cartas sobre mi mesa y después palmeó mi hombro derecho.

—O tal vez sí —me dijo en tono misterioso— Yo de ti les echaría una ojeada.

Y se marchó. Esta vez sí se fue, dejándome solo y liberando la mosca cojonera para que volara a sus anchas, tentándome sin piedad.

¿Una ojeada a las cartas?

Las miré de soslayo, todas descansaban sobre la superficie de madera. Todas eran blancas, rectangulares... todas con remitentes.

¿Todas?

A simple vista, no.

Las esparcí con la palma de mi mano y en efecto, según mis sospechas, una de ellas carecía de expedidor. Fue la primera que cogí y me di cuenta de que se trataba de un sobre blanco sin más, ni matasellos; ni siquiera indicaba el nombre a quien iba dirigido.

—Vaaaale. ¿Quién dijo miedo?

Alcé las cejas antes de rasgar el filo y vaciar el contenido.

—Esperemos que no sea la broma de un loco chiflado y contenga ántrax o algo parecido...

Y como la paciencia no era una de mis cualidades más representativas de mi personalidad, no tarde ni tres segundos en abrir el sobre y descubrir qué había en su interior.

Desgarré un lado del sobre y... ¡sorpresa!

Al principio no caí en la cuenta, ni siquiera entendí ni el propósito, ni la finalidad, ni siquiera quién y por qué lo había enviado. No comprendía nada de nada.

—Dos entradas para presenciar la obra de teatro: Bridget Jones en el *Metropolitan Opera House*.

¿Teatro?

¿Bridget Jones?

Alcé la vista raudo y miré a mí alrededor, hice rodar los ojos con apremio y de un lado a otro sin descanso.

—¿Brid?

No era posible.

Me levanté de la silla con tanto ímpetu que ésta se tambaleó y casi estuvo a punto de caer e impactar contra el suelo, salvo porque logré cazarla al vuelo y dejé todo tal y como estaba para correr hacia el pasillo, recorrí su largo en un tiempo record y después seguí el itinerario en ascensor hacia la planta baja.

Y al llegar junto a la portería, no había ni rastro de ella.

Nada.

¿Acaso me estaba volviendo loco?

Me llevé la mano a la frente y la froté con brío al tiempo que meneaba la cabeza contrariado.

—Hace demasiado tiempo... Cinco años es demasiado tiempo. No, no es posible que ella...

—No es posible que ella, ¿el qué?

¿Esa voz?

Miré en esa dirección aun con el corazón en un puño a causa de la carrera y por el preámbulo de la situación que atenazaba: volver a verla después de tanto tiempo.

Sentada en uno de los sofás y con las piernas cruzadas, una sobre la otra, se hallaba la causa de todos mis quebraderos de cabeza desde hacía tantísimos años.

Ella, la mujer que sin estar de cuerpo presente en mis sueños cada madrugada, los aniquilaba convirtiéndolos en pesadillas. Ella, aquella preciosa niña que guardaba receloso en mis recuerdos y la belleza hecha mujer, quien desapareció de la noche a la mañana sin dar explicaciones, dejándome un vacío en el pecho difícil de rellenar.

—¿Tú?

Brid se puso en pie y empezó a acercarse lentamente, todo lo contrario de mis latidos que parecían estar danzando al compás de una samba. Sus pasos firmes y su mirada aceitunada no ayudaban demasiado.

De nuevo noté esa sensación... ese escalofrío placentero recorriendo la piel de mi cuerpo.

¡Maldita seas Brid!

—Tienes buen aspecto —comienza a decir.

Cogí aire.

—¿Por qué? —inquirí desafiante y me acerqué acortando las distancias. Olía igual que la recordaba: una fragancia suave, fresca y algo dulzona. Y sus ojos, el verde de su mirada jamás había sido tan puro.

—Porque si tenía que ser, sería.

Encogió los hombros y sonrió levemente, como si no le diera importancia, como si hablase de algo trascendental con un desconocido con quien se acababa de reunir.

—¿Por qué ahora, Brid?

Tenía que preguntárselo para poner las cosas en perspectiva y aguardé fiel a una explicación que parecía no llegar nunca. Ella humedeció sus turgentes y sonrosados labios antes de empezar a hablar.

—Quizás porque te fuiste, Ethan y porque perdí tu rastro.

Se detuvo en seco, selló la boca unos segundos y después respiró hondo para seguir enumerando excusas:

—Volví a mi ciudad, seguí con mi vida, fui dejando pasar los días...

Tosí una risa.

—Y también los años —dije yo.

«*Sorry*, no pude evitar contenerme».

Crucé los brazos y metí las manos bajo las axilas.

—Corrígeme si me equivoco Ethan, que yo sepa tú tampoco me buscaste.

¡Oh, vale, perfecto! A eso se le llama un lanzamiento en la mismísima diana. ¡Bravo, Brid! Un golpe bajo pero certero.

—Es cierto —secundé inmediatamente— Pero por mi parte no ha habido un solo día en el que no me haya arrepentido de esa maldita elección.

Justo en ese instante, tras oír mi declaración, Bridget me lanzó una mirada cómplice y noté como sus mejillas se ruborizaban sin censura.

—¿Todos los días? —insistió, mordisqueándose el labio inferior.

«Sí, Brid, por supuesto que han sido todos los días. Todos y cada uno de los días de mi vida. Jamás he dejado de pensar en ti, ni tampoco he dejado de desearte y a la vez maldiciéndome por lo que podía ser y al final no fue».

—Incluso ahora pienso en ti.

Ella seguía observándome y yo me di cuenta de que se estremeció.

—Pero, déjame aclararte una cosa... muchas cosas han cambiado —añadí serio a pesar de morirme de ganas de besarla, de estrecharla entre mis brazos y de sentir los latidos de su corazón al mismo son que los míos— ya sabes, cometimos el error de no querer saber del otro.

Concluí dedicándole una mirada vacía, debatiendo conmigo mismo si debía ser honesto con ella y decirle que su sola presencia me alelaba sobremanera o fingir el gran papel de mi vida y hacerle entender de que todo estaba muerto y enterrado entre nosotros.

—Me parece bien, en serio, Ethan —hizo una pausa breve tratando de asumir algo que no aceptaba de primeras. Observé la expresión de su rostro y saltaba a la legua de que mis palabras no eran las que esperaba oír— Los años pasan, la gente madura, los planes cambian.

Justo después de esas palabras, vi cómo le tembló la rodilla. Al poco, prosiguió:

—En cualquier caso, perdóname Ethan, el venir aquí y tratar de arreglar las cosas ha sido un acto completamente inapropiado —se le quebró la voz y luego sonrió solo a medias—, pues seguro que me estoy inmiscuyendo en tu vida, seguro que ya tienes alguien a tu lado, alguien especial, alguien que te ha sabido valorar no como yo.

Silencio.

—Solo espero que esa persona sepa hacerte feliz.

Dejó escapar un suspiro y yo de inmediato di un paso al frente.

—¿De verdad crees que te he olvidado?

Enmarqué su rostro entre mis manos.

—Eso nunca, Brid.

Y la besé, tal y como la besé la primera vez. Miento. Esta vez fue mejor. La besé muy suavemente y sin quiera preguntarle, ni siquiera avisé de lo que iba a hacer porque ni siquiera yo lo preví. Me dejé llevar, como debería ser siempre.

Y pensé, ¿cómo un simple beso puede transmitir tanta necesidad, tanta complicidad y tanto sentimiento?

¡Ohhh sí, sí que puede! Porque no fue un simple beso, porque no era un hecho aislado, sino nosotros, como siempre habíamos sido desde niños. Éramos nosotros: Brid y Ethan.



Bridget Thomas

25 de diciembre de 2020

—¡Oh, oh!

Acababa de notar un líquido calentito escapárseme por la entrepierna.

—¿Qué pasa, cielo?

Ethan me miró de soslayo al tiempo que depositaba un par de tazas de café encima de la mesa rinconera junto al sofá.

—Esto no puede estar pasando... ¡pero si aún no he salido de cuentas!

Y, dicho esto, me puse de pie y un nuevo chorro de agua se me escapó, deslizándose por mis piernas para acabar dejando un charco en el gres.

—¿El bebé?!

—Me temo que sí...

Ethan corrió a mi lado como alma que lleva el diablo.

—Pero si faltan dos semanas...

—¡Lo sé! —Le grité presa de los nervios— ¡Acabo de romper aguas!

—¿No se te habrá escapado el pis?

—¡No he tenido pérdidas de orina en toda mi jodida existencia, Ethan y dudo mucho que empiece ahora a los treinta! Yo creo que se debe a ¡que tengo un bombo de la dimensión de tres campos de fútbol!

—Pero... ¡no puede nacer todavía!

Le fulminé con la mirada.

—¡Eso díselo a *ella*! —gruñí entre dientes.

Nunca había visto a Ethan así, parecía estar desubicado, fuera de juego y sin saber qué hacer. Al parecer ni las clases preparto ni los vídeos de YouTube sirvieron una mierda. Yo, Bridget, tuve que encargarme de todo: de la maleta, de echar la llave al salir, de silbar a un taxi en la calle, de proporcionar mis datos en urgencias. Y bla, bla, bla... ¿sigo?

—¿Bridget Jones? —alertó la comadrona y varios pares de ojos se giraron en mi dirección.

Roja como un tomate y no precisamente a causa de las contracciones, traté de alzar el mentón con dignidad y me senté en la silla adaptada de ruedas que me conduciría a una de las salas de fondo para practicar una eco vaginal, verificar que efectivamente tenía la bolsa rota y de ahí pasar a la sala de dilatación.

Sí, ahora era Bridget Jones, ese fue el apellido que heredé al contraer matrimonio con Ethan, el hombre de cromañón. Aunque, quisiera romper una lanza en su defensa pues no sólo heredé eso, no, ¡ni mucho menos! Él, mi chico me dejó un precioso legado, entre otras cosas me enseñó a amar sin temor, a ver el mundo desde diferentes primas, a vivir la vida junto a alguien que a pesar de no compartir ni mis ideales, ni principios, ni siquiera gustos culinarios, los aceptaba.

Ethan Jones me enseñó que la vida hay que vivirla, sin más. Afrontarla según venga y devorarla sin miedo: ayer, hoy y siempre.

Y tú, ¿qué me dices?

¿Crees en los cuentos de Navidad?

AGRADECIMIENTOS

A todos los lectores que día a día se emocionan con mis novelas.

Y, sobre todo, a mi familia.

Gracias infinitas, de todo corazón.



Nací en Barcelona en 1974. Diplomada en Ciencias Empresariales por la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona en el año 2006, me considero contable de profesión aunque escritora de vocación. A principios de 2013 me decidí por fin a tirarme de lleno a la piscina y sumergirme en mi primer proyecto: la saga «Loca seducción».

Todo empezó como un divertido reto a nivel personal, que poco a poco fue convirtiéndose en mi gran pasión: crear, inventar y dar forma a historias, pero sobre todo hacer soñar a otras personas mientras pasean a través de mis relatos.

Encontrarás más información sobre mí y mi obra en:

www.evapvalencia.com

^[1] *Malizia II es un velero monocasco IMOCA 60, diseñado por VPLP y Guillaume Verdier y construido por Multiplast en Francia. El barco sirvió como buque de transporte para la activista climática sueca Greta Thunberg, que navegó a través del Océano Atlántico Norte desde Plymouth a la ciudad de Nueva York en agosto de 2019 sin causar emisiones de dióxido de carbono durante el viaje. El viaje fue dirigido por Boris Herrmann. El cruce del Atlántico por Thunberg comenzó el 14 de agosto de 2019 y concluyó el 28 de agosto.*

^[2] *Demone nero: demonio negro en italiano.*

^[3] *Componente neurovegetativo de las emociones: Son aquellas reacciones físicas que se reflejan en nuestro cuerpo. Estas reacciones no son controlables y aparecen queramos o no. Por ejemplo, si sentimos miedo pueden aparecer taquicardia, sudoración, temblor, tensión muscular... O si sentimos [vergüenza](#) podemos ruborizarnos.*